**CUADERNOS AMERICANOS**

# **FRANCISCO DE VITORIA**

## Mario Hernández Sánchez-Barba

## *Alianza Atlántica. Crisis de Occidente*

*(Relaciones Europa – Estados Unidos)*

*1941 – 1970*

# Volumen 11

#### Foro Hispanoamericano FRANCISCO DE VITORIAÍNDICE

#### *Págs*.

#### Introducción

I. Estados Unidos después de la guerra: bipolaridad y tiempo corto

*Las consecuencias políticas de la segunda guerra mundial*

*La etapa Eisenhower*

II. Las etapas históricas en la relación Estados Unidos - Europa: el tiempo medio generacional

*Convenios estratégicos y pactos políticos durante la guerra y la postguerra*

*Los planteamientos del general De Gaulle*

*La década decisiva: años determinantes para Occidente*

III. La década de los sesenta: antagonismos y *fuerzas profundas*

*Hombres de Estado. Mentalidades en colisión*

*El drama de Berlín, 1961*

*Kennedy y la estrategia de la paz: intento de una Alianza Occidental*

*El peso estratégico de la política norteamericana*

*El gran proyecto de Alianza Occidental*

*La contraofensiva del general De Gaulle*

*Los sentimientos vencen a las razones: la crisis de la Alianza Occidental*

##### Bibliografía

 La Historia positivista, narrativa y de sucesión lineal, cede de modo constante terreno a la Historia analítica, configurada por conjuntos complejos, de temporalidad poligonal. Este cambio historiológico significa un alejamiento de la crónica porque se aspira a comprender la realidad de los mundos históricos que los hombres han construido basándose en el incremento de su experiencia y, en consecuencia, el acicate de la posibilidad, la comunicación y la complementariedad entre razón y sentimientos.

 El historiador, situado en el tiempo histórico futuro, trata de hacer inteligibles las motivaciones de esos hombres que han actuado en tiempo pasado, con otra personalidad mental y otro ambiente social y cultural. También impulsados por funciones que permanecen como son el *genoma* —vínculos esenciales de naturaleza biogenética—, la *dotación cerebral* —impulsos emocionales propios de la especie—, los *valores* y la *conciencia ética* que, al hacer frente a la agresividad de la Naturaleza, le envuelve en el hecho religioso, en la convivencia política, en la eficacia económica, en los modos categoriales y en las nobles esencias de pensar, sentir, crear y orientarse hacia la integración de nivel cultural, responsabilidad comunitaria y búsqueda del bienestar.

 En la presente reflexión, se parte del enfoque analítico de una etapa concreta de la historia contemporánea (1930 – 2004) con objeto de dilucidar si ese periodo histórico ha dado origen, en el característico *atlantismo* de la modernidad (siglos XVI al XIX), a una crisis del concepto de Occidente —creado y afirmado a lo largo del Medioevo— y si esa crisis puede deberse a una ruptura del entendimiento entre Europa y Estados Unidos, incapaces de conciliar sus estructuras en una sola y única dimensión, como consecuencia de la aparición, en el plano de las relaciones internacionales, de fuertes cambios de ideas y funciones, que han hecho imprescindible efectuar reorientaciones. En definitiva si esto puede explicar la crisis del concepto de Occidente y, en última instancia, si es así, investigar si puede explicarse por los acontecimientos producidos en las estructuras de relación y el choque de intereses entre Europa y Estados Unidos, puesto de manifiesto en las generaciones finales del siglo XX coincidentes con las fechas señaladas (1930 – 2004).

 Esta perspectiva temporal es imprescindible para vincular intelectualmente los conceptos básicos de *Occidente* y *Atlantismo.* Ambos se crean en épocas de quiebra y discusión de valores fundamentales capaces de promover definiciones decisivas para el conjunto de la Humanidad. Con posterioridad a la elaboración de los conceptos a los que se hace referencia, los discursos, pensamientos filosóficos, intereses económicos u objetivos políticos, no son capaces de mantenerlos, aunque acaso, pueden llegar a destruirlos.

 La historia ofrece tiempos fuertemente creadores —críticos, diríamos— en los cuales se originan los valores que los hombres elaboran, precisamente, en momentos en que declinan las grandes creaciones que han ofrecido la posibilidad de pensar conceptos universales para definir conjuntos culturales, respuestas y soluciones para los problemas a los que se enfrentaron los hombres del tiempo en que ocurrieron los acontecimientos de alto grado que van a generar respuestas válidas para todos los que integran la sociedad.

 Situados en el siglo V de la era cristiana, resulta fácil advertir el ambiente vivido en el Imperio Romano cuando, después de mil cien años de existencia, Roma, *la señora del mundo*, está a punto de desaparecer. El 24 de agosto del año 410 las tropas de Alarico entran a saco en la Ciudad Eterna, la luminaria de Occidente. Son los años de la fundación de la Cultura Cristiana, los años en que la Iglesia convierte a Roma en su ciudad sede. Un momento, por otra parte, en que se encontraba en pleno auge la primera gran controversia doctrinal en el occidente del Mediterráneo entre el paganismo y el cristianismo, que ha sido por fin aceptado por el Imperio, cuando ya sus estructuras flaquean ante la acometida de los bárbaros. Se trata de la controversia pelagiana.

 El pelagianismo, girando sobre la cuestión del libre arbitrio y la Gracia, con graves implicaciones en la concepción cristiana del hombre y su salvación. La controversia tuvo como protagonista al monje de origen británico Pelagio y al obispo de Hipona, San Agustín. La tesis pelagianista relativa a la capacidad del individuo para alcanzar la santidad por sus propias fuerzas y haciendo uso de su propio arbitrio, fue considerada herética y provocó la intervención de la Iglesia africana, la cátedra romana y el poder imperial. Al producirse el terrible saqueo de Roma por Alarico, Pelagio y su seguidor más inmediato, Celestio, buscaron refugio en África, donde Celestio reiteró sus predicaciones sobre la inexistencia del pecado original, incidiendo, a su vez, en un ambiente agitado por las posturas donatistas relativas al bautismo, las primeras reacciones hostiles a las doctrinas de Pelagio y Celestio. Este último tuvo que abandonar África para dirigirse a Sicilia, posteriormente a Rodas y por último a Efeso —donde fue ordenado en 415— y Constantinopla. San Agustín ocupado hasta entonces en la cuestión donatista, requerido por Flavio Marcelino, escribió un tratado, el año 412, en el que delineó su doctrina sobre el pecado original, la gracia y la reducción de la naturaleza humana. En los años siguientes rechazó las tesis maximalistas de Pelagio sobre la riqueza. Éste estaba en Palestina donde había encontrado el amparo del obispo Juan de Jerusalén. A la censura de Pelagio se unió también San Jerónimo y una tercera persona, el clérigo español Paulo Orosio que se trasladó a África para someter al juicio de San Agustín su *Commonitorium de errore Priscillianistarum et Organistarum*. Orosio viajó a Palestina llevando consigo el *Tratado* de San Agustín sobre el origen del alma, que debía llevar a San Jerónimo para su corrección. Además Orosio debía informar a Jerónimo sobre lo acontecido en la reunión episcopal de Cartago sobre Pelagio y sus discípulos.

 Juan, obispo de Jerusalén, reunió una asamblea y solicitó formalmente a Orosio que justificase sus afirmaciones sobre Pelagio, e invitó a éste a defenderse. Pelagio acabó admitiendo la gracia divina para salvarse. Orosio exigió que Pelagio fuese juzgado por obispos occidentales y el obispo Juan remitió la causa al papa Inocencio I. En represalia el obispo de Jerusalén acusó a Orosio de blasfemo. El escrito de defensa de éste, *Liber apologeticus*, es un alegato contra las doctrinas de Pelagio.

 San Agustín, con los escritos de Orosio, el *Diálogo contra los pelagianos* de S. Jerónimo y algunas actas conciliares compuso su memorándum contra Pelagio (*De gestis Pelagii*), concluyendo en la heterodoxia de sus tesis sobre el bautismo, la oración y la gracia. Consigue el apoyo de los obispos africanos, que remitieron al papa Inocencio la acusación de herejía y solicitan la condena del error por el Pontífice. Una robusta teoría antipagana surge en Occidente sobre la base de la acción de Orosio hombre de convicciones arraigadas y de gran talento dialéctico, cuyas ideas giraron especialmente sobre la diferencia de Occidente y Oriente, no basándose en razones geográficas ni tampoco culturales, sino religiosas.

 Occidente significa Cristiandad y Oriente, paganismo. En rigor estas son ideas afirmadas historiológicamente en su importante intento de escribir una Historia Universal en la que tiene verdadera primacía la Historia de Roma y los tres grandes historiadores romanos: Tito Livio, Tácito y Suetonio. Al contraponer el Imperio romano al Imperio Asirio-Babilónico, está marcando históricamente el nacimiento específico de la Historia Universal de Occidente sobre la base de la cultura y la fe cristiana, en la medida en que puedan compaginarse con la cultura grecorromana pagana y encuentre el *vexillum* supuesto por la futura conversión de los reinos germánicos establecidos en el antiguo territorio occidental del imperio romano. El inmenso tesoro —fe y razón— de los padres de la Iglesia en los cinco primeros siglos de afirmación del cristianismo, tiene la más brillante estrella de San Agustín que ha depositado en la vida cultural de Occidente una huella de gran profundidad que se cruza en Hipona, en la costa de Argelia, ciudad de la que fue obispo desde el año 395 hasta el 430, en la que hemos de ver un decisivo fundamento de la cultura occidental.

 En relación con San Agustín y San Jerónimo se encuentra el español Paulo Orosio, cuya *Historirum adversum paganos libri VII* no es, como pretende J. Fontaine un dossier anejo a *De Civitate Dei*. Una cosa es su relación con San Agustín, de modo particular en la configuración de los cimientos de la cultura cristiana y otra, bien distinta, el sentido de su obra, de pensamiento político universalista. Es importante que, en esa agitada época del siglo V, inicio de la alta Edad Media, Orosio sistematice —otra cuestión es que su aportación intelectual coincida con la acción teológica de San Agustín y San Jerónimo— una filosofía cristiana de la historia universal: *“providentia… agitur mundos et homo”*. El carácter universal de la Providencia divina universaliza la Historia que de este modo se convierte en asunto común de todos los hombres. Tal universalidad supera los niveles de la familia, la ciudad y la tribu. Paulo Orosio presenta en su *Historia* agrupaciones de contenido espiritual e incluso, por encima de ellas la totalidad de la Humanidad unida en una común condición, incluso, en una misma naturaleza. Se siente *“inter Romanos, ut dixi, Romanus, inter Cristianos Christianus, inter homines, homo”*. La idea de Humanidad, en consecuencia, adquiere en Orosio un valor político. La universalidad queda representada para él en *“Omni terra quasi patria”*. La sucesión de los cuatro imperios —Babilonia, Macedonia, Cartago, Roma­— y la extensión de su poder sobre otras provincias no implica la permanencia de la superioridad de Roma, que está desapareciendo cuando Orosio escribe su *Historia*. El clérigo español es el primero que considera a los bárbaros *“mero azote de Dios y castigo del pueblo romano”*. En el pensamiento histórico de Orosio una nueva fase positiva de la incorporación de la Humanidad a la fe del cristianismo. En consecuencia los juzga favorablemente, valora sus virtudes, sin ocultar sus defectos y explica lo positivo de su presencia para liberar a los pueblos oprimidos por Roma.

 Así, pues, insisto, al margen de sus relaciones con San Agustín y su actitud de rechazo al paganismo, Orosio aporta al pensamiento político dos conceptos políticos fundamentales: una idea universal de la Humanidad y el sentimiento particularista de los pueblos, en particular de los pueblos ibéricos, dominados por Roma. En última instancia una filosofía providencialista de la historia, la teoría del origen divino del poder, la expresión política del universalismo de la Humanidad y junto a ello la idea pluralista y al tiempo particularista de los pueblos que es, en definitiva, la idea de patria como estructura política. Además, la *Historia* de Orosio demuestra la absoluta inocencia del Cristianismo respecto a la caída del Imperio romano, tesis historiográficamente extendida por los contemporáneos de Quinto Septimio Florencio Tertuliano (c.160 - c.245) y extendido a buena parte de la historiografía moderna. El pensamiento político de Paulo Orosio, tiene pues, la enorme importancia de que, en el siglo V, la universalidad cristiana como fundamento de Occidente corresponde a un pensador español que, además, fundamenta espiritualmente el pluralismo de los pueblos y, en definitiva la monarquía universal que, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, produjo la caracterización de España como integradora de pueblos y creadora de una estructura atlántica de lengua, cultura, leyes, instituciones y ardua labor misionera, para conseguir bienes comunes, valores de identidad y una espiritualidad basada en la gran comunidad cristiana, que dejó una huella profunda en la vida cultural de Occidente y, en definitiva, del mundo entero, cuando la sociedad occidental inició la expansión oceánica y le llevó hasta el Nuevo Mundo, la *Quarta Orbis Pars* que finalmente, como continente, recibió el nombre de América, Occidente de Europa y parte integral del concepto de Occidente. El vínculo de unión entre Europa y América es el Océano Atlántico, en torno al cual se estructura lo que conocemos como Modernidad. En esa dimensión histórica se gesta la crisis de Occidente mediante la inserción en el plano de la política internacional del mundo de intereses nacionales, de diferencias profundas, mentalidades opuestas y resentimientos casi atávicos en las personalidades que llevaron sobre sí las responsabilidades ejecutivas de la acción histórica.

**I**

ESTADOS UNIDOS DESPUÉS DE LA GUERRA: BIPOLARIDAD Y TIEMPO CORTO

 Arthur Schlesinger Jr.[[1]](#footnote-2) hace una afirmación radical de suma importancia: “Estados Unidos hace defensa cerrada de sus intereses, basados en principios morales absolutos”*,* lo que supone que discute con renovada urgencia las reglas del poder y los dilemas con que se enfrenta el hombre ético en un mundo con difusas fronteras de moralidad. El filósofo norteamericano William James (1842 – 1910), fundador del pragmatismo psicológico que hizo la afirmación según la cual “los temperamentos determinan las filosofías”, estableció una clasificación en dos tipos de modo que, quienes se enfrentan a los asuntos internacionales lo hacen también temperamentalmente: los que primero preguntan respecto a una política si es moralmente buena y, los que primero preguntan ¿dará resultado? Es decir, aquellos que ven la política como buena o como mala y los que la ven como juiciosa o alocada. Así se refleja en la literatura norteamericana de dos maneras:

1. El escritor del XIX que asistía al espectáculo épico de la expansión hacia el Pacífico —es decir, hacia el infinito— vivía proyectado hacia el porvenir, el progreso y, en definitiva, hacia la utopía. El ejemplo por excelencia de tal actitud fue Walt Whitman.
2. La herencia intelectual europea —puritanismo y racionalismo— supuso la interpretación norteamericana del calvinismo, que permanece como una constante en el pensamiento y la literatura norteamericanas como una disciplina del rechazo. Un universo en el que todo es intensamente moral y simbólico. Como puede apreciarse en Hawthorne, Melville o en los novelistas modernos de la fatalidad como William Faulkner. El puritanismo es una ética del mal, subraya la necesidad del sufrimiento y la renunciación. De modo que los héroes encuentran su ideal en el fracaso, aunque su objetivo sea el éxito.

Por otra parte el Naturalismo norteamericano y francés —uno de los más importantes movimientos de finales del siglo XIX con Zola, Maupassant, Flaubert— trataba de romper con el convencionalismo luchando por una libertad desacostumbrada en la pintura realista. En Estados Unidos se adoptó el método pero no el fondo de ruptura convencional con Sinclair Lewis, Dos Passos, Steinbeck… La proyección de esta mentalidad literaria, se vio muy reforzada por el periodismo, el cine y los rápidos procesos de prosperidad tras la primera guerra mundial, tuvo efectos importantes en el plano internacional con repercusiones nacionales distintas: en los estados nacionales se advierte una tendencia fuerte a la política internacional, mientras que las sociedades entran en una espiral compleja de desmoralización, inseguridad, miedo a la libertad y exacerbación de los sistemas de defensa. Se aprecia, como consecuencia de la Primera Guerra Mundial (1914 – 1918), que las dos naciones que habían quedado desarboladas —Rusia y Alemania— se convierten en sedes de revoluciones ultranacionalistas que ponen fin al proceso de revoluciones burguesas (desde la revolución inglesa del siglo XVII a la revolución rusa de 1905) hasta abrir un nuevo proceso de revoluciones proletarias, en 1917.

Estados Unidos ha iniciado un vigoroso movimiento de prosperidad, con una oleada represiva contra radicales y disidentes que lleva implícito un considerable miedo a la revolución: el Congreso y la Asamblea estatal llevan a cabo la expulsión de miembros socialistas, que habían sido elegidos legalmente. Treinta y dos estados aprobaron leyes que convertían en delito pertenecer a organizaciones sindicales; el Tribunal Supremo estableció restricciones sobre la libertad de expresión, así como leyes sobre espionaje y sedición en tiempos de guerra; el fiscal general asumió el liderazgo de una cruzada de control de la seguridad, haciendo una serie de batidas contra las organizaciones de izquierdas. Es la época del *“red score”* (terror rojo) de 1919. Estados Unidos adopta un programa netamente conservador (ley y orden); se advierte en la opinión pública una considerable atonía participativa en las elecciones presidenciales de 1920 en la que sólo emite voto el 49% del electorado (en 1916 fue el 71%). Es elegido W. G. Harding y, como vicepresidente, Calvin Coolidge; al morir Harding en 1923 en una gira de discursos, Coolidge fue presidente de 1924 a 1928, sucediéndole Herbert Hoover (1928 – 1932). Durante estas presidencias republicanas, en las que surge la *prosperidad* basada sobre todo en el crecimiento de las empresas, ocurren también una importante serie de cambios sociales que, de nuevo, se ponen de manifiesto en la novela que se orienta hacia el plano internacional. El tremendo *crack* de octubre de 1929 y la entrada del mundo entero en la Gran Depresión, produjo una vez más una importante serie de cambios. En primer lugar la elección de un demócrata, F. D. Roosevelt, como presidente, en 1932. Reelegido tres veces más, en 1936, 1940 y 1944. Toma posesión de la Presidencia haciendo girar el discurso de toma de posesión en torno a la frase “A lo único que debemos temer es al miedo mismo”. La energía de Roosevelt y la inteligencia para aportar al sistema financiero la ayuda del Estado, dio como consecuencia el libramiento de una batalla considerable por la producción y por conseguir romper la inercia del desastre y recomponerla por medio de la psicología social, nueva asignatura surgida en las universidades norteamericanas, hasta situarse frente al nuevo y amenazador fenómeno europeo, constituido por los totalitarismos, de modo especial el alemán de Adolf Hitler que amenazaba gravemente con apoderarse de toda Europa y establecer un nuevo orden social.

Las consecuencias políticas de la Segunda Guerra Mundial

 El desarrollo de la Segunda Guerra Mundial demostró la primacía estadounidense en tres continentes, el americano —donde se gestó y desarrolló a partir de 1898— y el euroasiático, en gran parte como consecuencia del profundo fenómeno de la colonización. Tal primacía anunciaba ya la *bipolaridad*, así como el crecimiento y la amenaza de la expansión del comunismo soviético. La bipolaridad, es decir la superación de la política internacional de *hegemonías, bloques* y *equilibrio*, no puede olvidarse que ocurrió en una carrera tecnológica, impulsada por la revolución científica promovida por la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos puso en marcha una política globalista con dos fuertes puntos de apoyo: el Plan Marshall para conseguir la reconstrucción de la Europa arruinada por la guerra y, en Extremo Oriente, el apoyo en el Japón y Formosa para contrarrestar la creciente potencialidad de la China comunista. Diplomáticamente, hay una triple acción: tratados comunitarios, ayudas financieras e impulsos al desarrollo tecnológico.

 En realidad, desde el final de la guerra, en 1945, hasta la *“distensión”* en la presidencia de Nixón, pueden señalarse tres etapas en la pugna por el poder mundial entre Estados Unidos y la Unión soviética: 1947 – 1951, Truman – Stalin; 1952 – 1958, Eisenhower – Stalin († 1953) sucesores; 1960 – 1968, Kennedy († 1963) L. B. Johnson. El presidente Truman, dirigió la contraofensiva contra Stalin entre 1947 y 1951 que detuvo la ofensiva en los dos extremos de Eurasia: Europa occidental con la creación del frente militar supuesto por la OTAN y en Asia con la contención en Corea, Indochina y el resto de Asia no comunista, incluida Formosa. La firme actitud de Truman supuso la absorción por Estados Unidos de la política mundial y, también, la apertura de la *Guerra Fría* que, inevitablemente, implicó la adopción de un tinte ideológico anticomunista, que desde los centros de propaganda soviéticos, recibió el apelativo de ideología capitalista, lo que es a todas luces una falacia, convertida rápidamente en nivel mental en las masas de *resentidos* políticos, sociales y económicos del mundo entero.

 La Guerra Fría tuvo dos puntas de lanza: la potencialidad militar y la acción diplomática, que giraba sobre tres cuestiones fundamentales: la Europa Oriental, en especial, Polonia; la división o la unión alemana y, por último: *paz*, *cisma* o *guerra* en China. El punto central era la entrega de Europa Oriental a la Unión Soviética: prácticamente un resultado ya aceptado, dada la división de Europa por la línea del Elba. La situación del tema hacía inevitable una respuesta norteamericana que le proporcionase una posición de derecho ante el poder soviético. Pero había que hacerlo sobre tres supuestos originados entre 1945 – 1946: la ambigüedad diplomática y el grado de compromiso adquirido por Estados Unidos en Yalta y Potsdam; la rapidísima desmovilización de las fuerzas militares americanas al final de la guerra y, en fin, la actitud del Secretario de Estado, Byrnes, que consideraba los asuntos exteriores como algo exclusivo de su incumbencia personal y entendió que su misión, consistía en conseguir una paz estable en términos aceptables para el Senado. El *sistema Byrnes* consolidó de modo inevitable la división de Europa.

 Por su parte, los acuerdos de Potsdam hicieron inevitable la división de Alemania, al corresponder el gobierno a cada potencia ocupante de cada una de las cuatro zonas. Aunque se creó un consejo de ministros de Asuntos Exteriores, con la intención de resolver las cuestiones que no pudiese solventar el Consejo de Control de Berlín, quien ocupaba interpretaba los principios. El tema clave y problema central de la diplomacia aliada radicó en la política económica, de manera particular en las reparaciones. Como consecuencia inevitable de tal prioridad, quedó marginado el tema fundamental: la unidad de Alemania.

 Otro acontecimiento con repercusión internacional fue la guerra civil china. Desde 1937 existieron tensiones entre chinos nacionalistas y comunistas, pero en 1942 ya fue inevitable el estallido de la guerra civil, iniciada en 1946. La política de Estados Unidos fue orientar la opinión hacia la unidad mediante la ayuda y, en todo caso, mejorar la eficacia y calidad de la Administración del general Chiang-Kai-Sheck. Los esfuerzos condujeron al fracaso y los comunistas, triunfadores en la guerra civil, redujeron a los nacionalistas a la isla de Formosa.

 Ante esta situación, la política norteamericana del presidente Truman no tiene más remedio que asumir el avance comunista o iniciar una contraofensiva, tanto en Europa como en Extremo Oriente. Para Europa, se elabora la *Doctrina Truman*. El 12 de marzo de 1947 una sesión conjunta del Congreso que estudiaba una propuesta de ayuda a Grecia y Turquía, amenazadas por Moscú, dio origen a la doctrina de apoyo a los pueblos libres para elaborar su propio destino frente al sometimiento de minorías armadas o influencias y presiones externas. En seguida se celebró una Conferencia de alto nivel en Moscú para conseguir, en un último esfuerzo, la unidad de Alemania, pero Stalin se negó a cualquier tipo de acuerdo sobre Europa. Inmediatamente se aplicó la *Doctrina Truman* en ayuda a Grecia y Turquía. Subsidiaramente y dada la angustiosa situación económica de Europa, el Secretario de Estado, mariscal Marshall, ordenó la preparación de un plan general de ayuda norteamericana para la reconstrucción de Europa, entendido como un plan de “recuperación”. Como tal, el Plan Marshall fue un éxito indudable y a su vez dio fundamento a una política militar conjunta, plasmada en la OTAN, que, sin duda, tiene un fondo político: la *doctrina de la contención* elaborada por George Kennan.

 En Extremo Oriente, la tensión se puso de manifiesto en la guerra de Corea. Un pequeño grupo de comunistas, apoyado por Moscú, se hizo con el control de la zona de ocupación soviética y el 1 de mayo de 1948 se constituyó formalmente en República Democrática Popular de Corea. Fueron inútiles todos los esfuerzos hechos por Estados Unidos para conseguir la unificación del país por medio de elecciones. La URSS sólo aceptaba la retirada de las fuerzas de ocupación y, en efecto, retiró sus tropas el 31 de diciembre de 1948. Estados Unidos reconoció entonces a la República de Corea del Sur, el 29 de junio de 1949, retirando las fuerzas de ocupación, excepto una misión militar de quinientos hombres; como compromiso de la defensa e integridad de las zonas no comunistas de Asia.

 El 24 de junio de 1950 el ejército comunista de Corea del Norte invadió Corea del Sur. El 5 de septiembre de 1950 Estados Unidos envió las cuatro divisiones que mantenía en Japón, al mando del general McArthur, transformando inmediatamente la situación militar. Los ejércitos comunistas se vieron obligados a retirarse. En la Organización de Naciones Unidas se encendió una polémica acerca de la intervención militar estadounidense y en la opinión pública una discusión, penetrante y turbadora, haciendo hincapié en cuatro temas de moral política: el peligro del comunismo internacional, la necesidad de limitar el poderío militar norteamericano, la considerable cantidad de bajas ocurridas en la intervención y, en fin, el exagerado coste del choque militar. Esta discusión crítica debilitó considerablemente la conciencia nacional para alcanzar un punto firme de consistencia para casos similares como fueron, en efecto, Indochina y Vietnam.

En la opinión pública norteamericana se aprecian, entre 1945 y 1952, actitudes muy cambiantes respecto a la Administración Truman en lo que afecta a la política pública en general. Los niveles de opinión ofrecen un mínimo en las elecciones presidenciales de 1952. La opinión pública anhelaba seguridad, vivir con tranquilidad y conseguir ver el final de los antagonismos de los partidos. Los votantes se inclinaron por alguien que tuviese poca experiencia política para rebajar el exceso de calentamiento político que, además, durante la *guerra fría*, había incrementado el sentimiento de inseguridad. El partido republicano, más abierto a las inquietudes de la opinión pública, designó candidato al general Dwight Eisenhower, y éste como compañero de *ticket* a un político nato, Richard M. Nixon. Los demócratas a un intelectual, Addai E. Stevenson, el cual designó al senador John J. Sparkman como vicepresidente. En enero de 1953 tomó posesión en Washington la Administración Eisenhower. Pocos días después moría Stalin. Los sucesores —cada cual con el control de una parte de la “maquinaria”— son incapaces de formar un sistema común, y cada uno trata de conseguir el control del aparato policiaco estalinista. Desde marzo de 1953, Kruschev llevó a cabo un esfuerzo sistemático para rehabilitar el papel clave del aparato del partido comunista, apoyándose primero en Malenkov, después en Bulganin y, finalmente, en Molotov y Kaganovich, hasta quedar solo a mediados de 1958. En paralelo con esta carrera por el poder, la URSS llevó a efecto con dureza la satelización de la Europa oriental. Además, a partir del quinquenio 1953/1958, que coincide con el primer plan quinquenal maoísta, el despegue chino supuso un considerable crecimiento del comunismo internacional.

El presidente Eisenhower, sin ninguna experiencia política, no apreció debidamente el cambio operado en los fundamentos del poder político norteamericano en el que iniciaba la etapa denominada *poder presidencial* que el general Eisenhower entendía, ingenuamente, como una usurpación de las prerrogativas del Congreso, donde después de la guerra se habían enquistado los intereses individuales y empresariales. Eisenhower designó para los tres ministerios claves a hombres de negocios: John Foster Dulles, rico abogado de empresas, para Estado; George Humphrey, empresario millonario, para Tesoro y Charles E. Wilson, presidente de la Generel Motors, para Defensa. Al vicepresidente Nixon le dejó el entendimiento político. La presencia de Eisenhower en la Casa Blanca, ayudó mucho a que la opinión pública recobrase la tranquilidad política disipando el *miedo rojo* del maccarthysmo. A pesar de dos graves ataques cardiacos en 1955 y 1956 fue postulado de nuevo presidente en 1956. Este segundo mandato supuso un declive de su prestigio, aunque se mantuvo su popularidad. Tres hechos complejos volvieron a introducir en la opinión pública norteamericana graves quebrantamientos sociales: el golpe psicológico del lanzamiento al espacio del *Sputnik* por los soviéticos, a finales de 1957; la revelación de corrupción en los altos estamentos de la Administración y, sobre todo, el problema de los derechos civiles, con la segregación racial en las escuelas.

En cuanto a la política exterior recayó enteramente en John Foster Dulles, Secretario de Estado desde 1953 a 1959, quien se pasó viajando al extranjero constantemente en conversaciones directas, lo cual produjo una considerable desvinculación con los funcionarios del servicio exterior. Esbozó un programa republicano tachando al gobierno Truman de “negativo, fútil e inmoral”; en consecuencia, propuso una “alternativa dinámica”, consistente en tres objetivos: reducir el poder soviético en Europa del Este, liberar a los pueblos cautivos del marxismo y ayudar a Chiang-Kai-Shek, para que atacase a la China comunista. Sus grandes dotes intelectuales y sus condiciones de trabajador incansable, no pudieron evitar el crecimiento de los contenidos y límites subversivos e ideológicos de la *Guerra Fría*. Mientras, el 27 de julio de 1953, se firma el armisticio que pone fin a la Guerra de Corea, en Indochina, donde los franceses peleaban desde 1946 contra el levantamiento de Ho Chi Minh, la ayuda que éste recibe de la China comunista conduce a Truman y después, masivamente, a Eisenhower a intervenir. En 1954 Estados Unidos financiaba el 80% de este esfuerzo. Dulles logró crear en septiembre de 1954, la Organización del Tratado del sudeste Asiático (SEATO), siguiendo el modelo de la OTAN. Añádase la revuelta húngara y la crisis del canal de Suez, provocado por el nacionalismo de Nasser y la nacionalización del canal, que produjo la intervención militar anglofrancesa, con la amenaza de intervención soviética, que Eisenhower no se atrevió a contrarrestar.

 Con las elecciones de 1960 por la presidencia de Estados Unidos y el acceso a la Casa Blanca de John F. Kennedy, se inicia la etapa histórica que nos proponemos analizar en función de lo que podemos considerar la crisis de Occidente, la *cuasi ruptura* de la Alianza Atlántica como consecuencia de las relaciones en el plano internacional de Europa y Estados Unidos.

 Como puede observarse, el final de la guerra no supuso un paso de lo militar a lo político. Esto es una simplicidad muy repetida pero que no responde a realidad alguna y carece de significado en el combate que sostuvo el general De Gaulle contra Estados Unidos, por su propia y exclusiva representación y por lograr un estatuto internacional prioritario para Francia después de la Segunda Guerra Mundial. Este empeño de De Gaulle tiene un pasado inmediato: el periodo de entreguerras (1920 – 1939) que está muy presente en la Segunda Guerra Mundial, sin que se tenga mucho en cuenta. Es más, cuando se produjo la capitulación alemana el 8 de mayo de 1945, las destrucciones, los trastornos y confusiones son de tal dimensión, que es legítimo considerar ese día como cambio decisivo e iniciación de una nueva época con mucha más razón y certeza que en 1918: Alemania no existe como estado soberano; Francia e Italia cambian de régimen y en toda Europa la presencia de la URSS es masiva.

###### II

**LAS ETAPAS HISTÓRICAS EN EL PROCESO DE RELACIÓN ESTADOS UNIDOS – EUROPA: EL TIEMPO MEDIO GENERACIONAL**

Adviértase que en el presente parágrafo, se rompe la línea de sucesión cronológica de tiempo corto que se ha seguido en el anterior y se adopta un esquema de análisis de tiempo medio, en el cual se hace una ampliación del *hecho* para manejar un concepto *generacional* con base en la década como unidad de medida temporal usada en Historia contemporánea. En nuestro caso nos aproximaremos a la temporalidad generacional, inscrita en un campo histórico con un diámetro de 25/30 años, lo cual, teniendo en cuenta que el final y comienzo nunca es exacto, obliga a precisar una duda ±3. Por consiguiente, entre 1945 y 2004 el tiempo de *sesenta y tres años* se constituye en dos conjuntos históricos: el primero (1945 – 1975), una generación intermedia en la que aparecen mentalidades muy en relación con el pasado genético; un segundo conjunto, entre 1975 y 2005, finisecular, en el que el peso de las estructuras del momento genera actitudes, políticas y culturales, proclives hacia lo nuevo, readaptando todas las fórmulas de asentamiento formal e ideal de los que se dispone pero tratando, por todos los medios posibles, de disponer de ideas nuevas, aplicándolas a las entidades que se disponían en tiempos anteriores.

Esas etapas históricas de tiempo medio, irán, en consecuencia precedidas de un nivel empírico —muy breve— que permita apreciar la atención con la que los contendientes de mayor fuerza de la Segunda Guerra Mundial, tratan las cuestiones de la política internacional, de existencia real y extraordinaria complejidad, sin dejar de tener en cuenta los fundamentos de sus intereses peculiares que tienen una condición característica de permanencia y peso específico adquirido en las conciencias y culturas nacionales.

Se trata de un fenómeno que adquiere consistencia durante el siglo XIX, parte de la *reconstrucción* de la unidad nacional después de la Guerra de Secesión; unidad que originó la *república opulenta* (1865 – 1896). Fue entonces cuando se puso verdaderamente en práctica la definición de la política exterior norteamericana, proclamada por el presidente James Monroe en su mensaje al Congreso de 2 de diciembre de 1823, que sería el hilo conductor de esta política hasta la guerra hispano-norteamericana de 1898, de la cual hoy se sabe, sin ninguna duda, que habría podido evitarse con toda naturalidad. Ésta fue, por un lado, una primera manifestación del sorprendente poder de la prensa norteamericana y, por otro, origen de una rápida expansión estratégica en el Caribe, que culminó, en 1914, con la apertura del Canal de Panamá, construido por los ingenieros del ejército norteamericano. Con la apertura del Canal comienza una nueva política exterior, con una triple dimensión: panamericana, atlántica y pacífica. Al tiempo se origina el proceso hegemónico de Estados Unidos que, en una doble dimensión, que en los enfrentamientos electorales por la Presidencia refleja constantemente la atención por los asuntos sociales y políticos internos, más propia del partido demócrata, y la atención preferente por los temas de la política internacional, más próxima al partido republicano, aunque no puede pensarse en una repetición de estas funciones, pues, durante todo el siglo XX, la fuerza de las estructuras internacionales ha obligado a que ambos estilos —que poco o nada tienen que ver con los partidos políticos europeos— se hayan readaptado con frecuencia en la filiación de dichas actitudes. Sí es evidente que la formalización de la hegemonía norteamericana tuvo, y mantuvo, una pugna antagónica con la hegemonía europea que, precisamente, antes de 1914, quedaba caracterizada por el internacionalismo económico británico.

Entre la Guerra Franco-prusiana de 1870 y la Primera Guerra Mundial (1914 – 1918) se origina una transformación, sin precedentes, en las condiciones de vida de la humanidad. El mundo experimentó un enorme desarrollo de sus recursos materiales; la población del planeta se multiplicó a un ritmo enorme; las riquezas de la tierra se explotaron intensiva y sistemáticamente; las fronteras que antes separaban a los pueblos, ahora los relacionan estrechamente; el tráfico marítimo y el comercio lograron ritmos de producción altísimos, cubriendo las necesidades de las ciudades industriales densamente pobladas. Esta magnitud e intensidad de vida económica tuvo su centro en Europa occidental y en las Islas Británicas. El impulso promotor arraigó también en Estados Unidos, que inició una competencia con Europa, de modo que, en el seno de la sociedad occidental, se introdujo, con la competencia industrial, financiera y comercial, una competencia de la ciencia, la técnica, la literatura y los ejércitos. La secularización, el materialismo, el ansia de beneficio y de felicidad fueron las consecuencias más visibles de la revolución técnica. El liberalismo económico basado en la libre competencia se apoderó de Europa, sobre la base de una profunda desunión nacionalista que, de ningún modo alcanzó la posibilidad —ni mucho menos la conciencia de la necesidad— de llegar a desarrollar una idea de Europa, que no fuese una simple entelequia de salón o de círculo intelectual. El derecho positivo era el constante paralelo del liberalismo político y, además, suponía una garantía de relaciones entre persona y de éstas con los estados que protegían las libertades económicas, mientras que pronto el viejo tronco del socialismo dedujo que podía ser el gran instrumento de dominación económica de la sociedad, generando una profunda división en la vieja polémica entre la autoridad y la libertad.

En esa misma época (1870 – 1914) está ocurriendo la crisis europea y los cambios universales con distinta participación en ellos de estamentos, clases y mentalidades sociales. Al estallar la guerra de 1914, la población europea había crecido exponencialmente. En 1914 había 450 millones de europeos, muy desigualmente repartidos desde el punto de vista nacional. El proceso liberal no dio pues, lugar en Europa a una unidad continental, como ocurrió en los Estados Unidos de América del Norte. En resumen, entre 1870 y 1914 el mundo era un mercado único y crecía cada vez más una estructura internacional caracterizada por el apogeo del capitalismo. Expresión de una época de internacionalismo económico, pronto necesariamente político, con la creación de regiones de signos ideológicos dispares. Es la época del capitalismo económico, del liberalismo político y social. Europa no tenía aspecto de unidad continental, pero poniendo atención, era visible la fuerza de su cultura, de su ciencia y de su literatura que marcaban, todavía en 1914, el eurocentrismo, que guardaba en su seno los factores de disolución, comenzando por la profunda división nacionalista, la excesiva secularización materialista y el ingreso, cada vez más agudamente, en los precipicios de la moral de situación, la desatención respecto a los problemas del obrerismo proletario, abierto a ideologías *redentoristas* que hacían posible pensar en una *rebelión de las masas*, que fue Ortega y Gasset el primero en advertir, en su más importante libro de reflexión, haciéndose eco de las Encíclicas de León XII que hablaban del “yugo semejante a la esclavitud soportado por el proletariado de la sociedad capitalista y veían en la libertad un postulado moral al que la competencia debía subordinarse para que sus inevitables excesos no perjudicaran a los más débiles.”

Convenios estratégicos y pactos políticos durante la guerra y la postguerra

Al producirse el ataque alemán sobre Polonia, Francia y Gran Bretaña declaran la guerra a Alemania. No han formalizado ninguna alianza, ni cuentan con ayuda norteamericana. En junio de 1940 la caída de Francia supuso la destrucción del ejército francés. Gran Bretaña queda sola frente al triunfante Hitler. Sir Winston Churchill, Primer Ministro conservador, inteligente y hábil, asume el 10 de mayo 1940 la dirección de una guerra defensiva y busca del Presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, alianzas, ayuda y amistad. El Congreso acababa de promulgar cinco leyes (la última del 4 de noviembre de 1939) de neutralidad y embargo de armas a los países beligerantes. Roosevelt, en marzo de 1941, consigue del Congreso una ley que le permite “ceder, prestar o dar cualquier servicio o información para la defensa de un país que el presidente considere vital para la defensa de Estados Unidos.”

La amistad entre los dos grandes políticos anglosajones perdura desde la toma de posesión de Churchill como primer ministro hasta la muerte de Roosevelt, el 12 de abril de 1945. En ese tiempo se entrevistaron en nueve ocasiones, se intercambiaron dos mil mensajes personales, tomaron decisiones en común y asumieron responsabilidades conjuntas, con un objetivo: la victoria y la libertad para todos los países ocupados por Alemania; sin olvidar las orientaciones para después de la victoria. Tres hechos de diferente significado se producen en los años iniciales de la Segunda Guerra Mundial. El primero la actitud del General De Gaulle que reprocha a Churchill su incomprensión sobre la “legitimidad francesa”. En segundo lugar, el ataque japonés contra Pearl Harbor, que supuso, tras la declaración de guerra contra Estados Unidos, la entrada de este país en la guerra en Europa. El tercer hecho es la transformación del poder británico, todavía considerable, con la comandancia en jefe común en el Pacífico y la vinculación de sus servicios secretos con los movimientos de resistencia. Con todo, la caída de Singapur, el 15 de febrero de 1942, dejó entrever que la defensa de Australia y Nueva Zelanda sólo podía asegurarla la potencialidad militar de Estados Unidos.

Algo similar ocurrió respecto a la cooperación monetaria y comercial. El espacio entre la firma de la *Carta del Atlántico*, el 12 de agosto de 1941, y el final del proyecto de Carta para una organización internacional de comercio, en otoño de 1950, es testigo de un acuerdo (julio de 1944) Fondo Monetario Internacional y del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, que habría de ser la columna vertebral del sistema económico internacional de la postguerra, junto con la Organización Internacional del Comercio (OIC), en función de los Estatutos negociados en La Habana (1948). La negativa del Congreso a aprobar la OIC dejó el comercio internacional únicamente regido por el Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT) firmado en Ginebra (1947). Se originó un vacío organizativo administrado por el GATT, sin que éste se resolviera hasta 1994 en que se creó la Organización Mundial de Comercio. En las negociaciones bilaterales de 1943 y 1944, destacan dos economistas, cada uno de los cuales ha elaborado un plan para la organización de las relaciones económicas de la postguerra: el británico John Maynard Keynes, cuyo libro *Teoría general del empleo, el interés y la moneda*, es una de las obras más importantes del siglo XX. Del lado norteamericano Harry Dexter White fue, con una carrera brillantísima en el departamento del Tesoro, encargado en 1944 de la previsión para la postguerra de la política financiera internacional. Sus tesis fueron las que, finalmente, se impusieron.

Como es frecuente, en relación con las cuestiones que estudian los intelectuales, las dificultades, en ambos países, provienen de los aledaños: parlamentarios, partidos políticos, periodistas, representantes de interés diverso. En Gran Bretaña, los conservadores proteccionistas de la industria y la agricultura, firmemente convencidos de que la caída de las barreras sería la ruina; los laboristas demandando una ley capaz de prevenir las injusticias sociales nacidas de la libertad de intercambios. Las preocupaciones por parte norteamericana fueron bien distintas, insistiendo en que la libertad de comercio internacional podría originar la abolición de preferencias y que un aumento del volumen comercial era eficaz para el pleno empleo en Estados Unidos y el mantenimiento de la empresa privada, así como una instancia de seguridad que impidiese guerras en el futuro. Entre ambos aliados se interpone claramente la concepción del Imperio británico como entidad comercial más que monetaria.

## Los planteamientos del general De Gaulle

Francia fue la única gran potencia vencida por la Alemania hitleriana. La derrota tuvo dos respuestas distintas: el 17 de junio de 1940 el Mariscal Petain, jefe de gobierno desde la víspera, llama a los franceses a cesar el combate. Al día siguiente el general De Gaulle, subsecretario de Defensa, convoca a los franceses a continuarlo. El 27 de octubre crea el Consejo de Defensa del Imperio con el objetivo de seguir la resistencia en el territorio de Argelia. De Gaulle, será presidente del gobierno provisional hasta el 2 de junio de 1944, mientras que Petain será Jefe de Estado hasta agosto de 1944 en la Francia ocupada. Una auténtica discordia de la legitimidad que produjo una división entre los franceses y ante el mundo exterior. De Gaulle se proclama defensor de la Nación y del restablecimiento del Estado, con una actitud radical e intransigente. Roosevelt no le reconoce el derecho a hablar en nombre de Francia. Churchill, le pide que le deje actuar pues en el día a día conseguirá convencer a Estados Unidos. Pero Roosevelt mantuvo una actitud negativa hacia De Gaulle hasta el 17 de septiembre de 1944 en que Cordell Hull, Secretario de Estado norteamericano hace unas declaraciones periodísticas en momento propicio para la aceptación del general De Gaulle como líder nacional de la Francia libre.

De cualquier modo la tensión entre De Gaulle y Estados Unidos ha generado durante el desarrollo de la guerra un incremento notable de valores de sentimiento sobre los de la razón, como se aprecia en la justificación que hace De Gaulle de su actitud: él es la representación de la Francia combatiente que *desea marchar con sus aliados, con la reserva formal de que sus aliados marchen con ella*. Al ser combatiente es más decisiva la subordinación hacia un *comandante supremo* que una subordinación política a un gobierno americano. Lo cual, supone un choque abierto para la estrategia norteamericana de la campaña militar en África del Norte, para la que el general Eisenhower entiende la importancia de disponer en Argelia de una autoridad política francesa combatiente.

El balance de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial para Europa, es desolador: Alemania asolada por la doble invasión soviética y occidental; Francia ha sufrido una ocupación expoliadora; Italia viviendo una crisis interna con múltiples enfrentamientos prolongados durante cerca de dos años, sin producción, turismo o marina mercante; Gran Bretaña, ejemplo de resistencia heroica, ha mantenido un Estado intacto, pero si su riqueza antes de la guerra radicaba en la potencialidad financiera internacional, para financiar la economía de guerra ha debido aumentar la deuda externa, mientras que el paro del comercio, le hizo entrar en déficit. La normalización sólo depende de lo que Estados Unidos se muestren dispuestos a cooperar. En realidad, la Alemania unida se encuentra en mejores condiciones que el resto de naciones europeas. Los vencedores han asumido la soberanía, y evitado la anarquía y las luchas sociales.

En esta situación, la Gran Alianza, entre Gran Bretaña, Estados Unidos y la URSS, motivada por la invasión de ésta por Hitler, crea primero, en octubre de 1943, una Comisión Consultiva Europea (EAC), en la que fue admitida Francia en noviembre de 1944 y, en octubre de 1944, Estados Unidos, URSS, Gran Bretaña y China, reunidos en Dumbarton Oaks, acuerdan las bases de las futuras Naciones Unidas. Francia no fue invitada, pero se le reconoce reserva de asiento permanente en el Consejo de Seguridad con derecho de veto. Por su parte De Gaulle inicia una aproximación diplomática y política a la URSS, que culmina con la firma, el 16 de diciembre de 1944, del Tratado París-Moscú.

Ideológicamente, en Europa se produce una clarísima inclinación a la izquierda. Es perfectamente lógico pues la guerra ha sido conducida en nombre de la democracia contra el fascismo, de manera que, en 1945, en Europa entera la democracia se define de modo natural a partir de una posición antifascista; se considera que la libertad se ha alcanzado gracias a la acción de potencias antifascistas, con Estados Unidos y la Unión Soviética en cabeza. Se aprecia esta actitud en el preámbulo de la nueva Constitución Francesa (27 octubre 1946): *Después de la victoria por los pueblos libres sobre los regímenes que han intentado esclavizar y degradar la persona humana…* Puede también advertirse en las depuraciones, con sus radicales injusticias al efectuarse contra situaciones particulares, especialmente en Noruega y Bélgica. Además, el izquierdismo ideológico se aprecia en la tendencia nacionalista descalificadora de la bipolaridad, es decir, las dos superpotencias que son verdaderas vencedoras de la guerra mundial. En la Europa de la postguerra, por último, se registra una auténtica cruzada ideológica contra la *derecha*, en parte por la consideración de resistencia a la democracia y la libertad, en parte por la agitación propagandística de los partidos comunistas y socialistas europeos. En Estados Unidos, la ideología se mantuvo fiel a un liberalismo en equilibrio con el mantenimiento de las tradiciones conservadoras. Un modo de pensamiento político que desde Europa se considera poder de los fuertes e impotencia de los débiles. En rigor, en Estados Unidos se desarrolló una importante fermentación intelectual que afecta a los más diversos sectores de la vida social.

Entre 1941 y 1949, la tendencia política de Occidente es claramente el pacto. En la economía los convenios o fórmulas de asegurar la calidad y la flexibilidad de la nervadura financiera. También, en el plano de la política internacional —que durante la historia contemporánea ha adquirido consistencia y valor propio— puede advertirse un cambio de orientación psicosocial, centrado en la seguridad como tema clave de relación, lo cual se centra en la postguerra: la bipolaridad representada por dos súper-potencias radicalmente opuestas: Estados Unidos - Unión Soviética; Occidente (Europa y América) - Oriente (Unión Soviética, China, con los estados satélites de ambos) y, en segundo lugar, la aparición trágica de la fuerza destructora nuclear que representa una nueva dimensión en la relación internacional y el riesgo de guerras. Por último, la continuidad de conflictos *convencionales extra-europeos que originan divergencias en las políticas exteriores*, de acuerdo con la postura y la capacidad de veto que cada cual pudiese tener en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

## La década decisiva: años determinantes para Occidente

En la década de los cincuenta en los Estados se origina una situación políticamente convulsa. En su transcurso se sucede el final de la discutida, pero eficaz, presidencia del demócrata H. S. Truman; se desenvuelve la presidencia, por el partido republicano, del general Eisenhower y ocurren las disputadas elecciones presidenciales que ganaría el demócrata John F. Kennedy. Simultáneamente en Francia destaca un personaje excepcional, Jean Monnet, junto con un pequeño grupo de hombres, inspirador del plan Schuman, en un informe conjunto del *Council on Foreign Relations* de Nueva York y del *Royal Institute of International Affairs*. Se explica que los jefes de Estado y de Gobierno, decidieron conferirle el título de ciudadano de honor de Europa. Sin embargo, el primero de abril de 1976, en plena querella en la *Comunidad Europea de Defensa,* promovida por el general Charles De Gaulle, no se hizo ninguna cita especial a Jean Monnet, al que simplemente se le consideró como *inspirador* de la primera *fusión* europea. De Gaulle afirmó que había escuchado, en 1940, a Monnet exponer un proyecto de fusión franco-británico y, que tres años después, había propuesto formar parte del gobierno de los generales Giraud y De Gaulle, lo que no se había aceptado porque a Monnet se le acusó de haber buscado un medio para satisfacer un deseo de intervención de Norteamérica, cuando se había previsto que De Gaulle sería el vencedor y no que la victoria se lograse de acuerdo con Estados Unidos. Tan particular problema señala ya con claridad donde se encuentra el antiamericanismo de De Gaulle, supuesto por el apartamiento de Monnet del proyecto de la Europa unida, bajo el argumento de que el inspirador de la unificación de Europa lo hizo para favorecer a Estados Unidos. El antinorteamericanismo gaullista parte de la afirmación de que todo deseo político norteamericano es, necesariamente, contrario a los intereses europeos; a lo cual se añade, implícitamente, que la idea de Monnet le había sido inspirada por dirigentes estadounidenses.

La soberbia de rechazo que ello supone, choca violentamente con la filosofía de la acción practicada por Monnet, que se encierra en una fórmula clarísima: *Nada es posible sin los hombres; nada es duradero sin las instituciones*. Hombre e instituciones es justamente, el proyecto de Monnet, representado en la década de los cincuenta por la *Comunidad Europea del Carbón y el Acero*, anunciada el 9 de mayo de 1950, hasta la *Organización de Cooperación y Desarrollo*, cuya convención fundacional se firma el 14 de diciembre de 1950. Coloca a los miembros más fieles de su equipo del Comisariado en los puestos estratégicos de la negociación del Plan Schuman y del Mercado Común Europeo y, mediante un trabajo en equipo modélico, lleva a cabo una tarea común en orden a conseguir un equipo que creó una estrategia entre las tres difíciles fronteras de la política, la economía y el derecho, visible en el tratado que creó la CECA, desde donde impulsó, de modo constante e inteligente, la Unión Europea.

Lo hizo mediante la creación de un sistema, sin carácter oficial, ni poder; un sistema exclusivamente centrado en una formidable influencia. *El Comité de Acción para Estados Unidos de Europa*, por iniciativa de Monnet se formó en 1955 con participación de los partidos políticos socialistas, demócrata-cristianos, liberales y sindicatos obreros no comunistas de seis países europeos miembros de la CECA. Este organismo se disolvió al retirarse Monnet, el 9 mayo de 1975.

El *Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa*, creado en 1955 no hubiese podido ser efectivo sin la evolución del partido social demócrata alemán (SPD), una vez fallecido, el 20 de agosto de 1952, el duro y violento Kurt Schumacher, que, hasta entonces, lo había dirigido, y el ascenso al poder del canciller Konrad Adenauer, atractiva personalidad, con autoridad de dirigente y capaz de captarse la confianza de la opinión pública. En abril de 1953 hace su primer viaje a Estados Unidos, un segundo viaje en 1956. Su principal colaborador Heinrich Von Brentano, expresa su inteligente opinión de que “una Europa fuerte une a los americanos más estrechamente con nosotros”.

La acción de Jean Monnet se vio entorpecida por la *Guerra Fría.* La política europeísta de Adenauer, en cierto modo correspondida por de Gasperi, se centró de modo más recia en la detención del comunismo internacional, quizá porque Adenauer y Von Brentano se sintieron demasiado influido por el Secretario de Estado John Foster Dulles, sin tener demasiado en cuenta la participación del presidente Eisenhower en las decisiones de política internacional. Posteriormente, el cambio generacional, humano y político, supuesto por el acceso a la presidencia de John F. Kennedy y su equipo, creó una frontera de incomprensión entre el joven presidente y el viejo canciller. El primero, racionalmente consciente de los problemas del mundo contemporáneo y el otro, impulsor de una política moralizadora, basada en el enfrentamiento con el comunismo europeo, sin dejarse convencer por los disfraces de nacionalismo, democratismo o culto-obrerismo.

Por su parte, Estados Unidos consciente que el peso de la URSS sobre las naciones hace una Europa débil, fuertemente corroído su espíritu por la bipolaridad que, por una parte, le ofrece la visión terrorífica de la URSS, esclavizando a golpes de persecuciones policiacas y ejecuciones, mientras, por otra, le muestra la Norteamérica del delirio anticomunista, con ejemplos como el de 1948 de Harry Dexter White, padre del *Fondo Monetario Internacional* y del *Banco Mundial*, acusado de espionaje, que no pudo defenderse víctima de un ataque cardíaco, tres días antes de su comparecencia ante el *Comité de* *Actividades Antiamericanas*. En 1953 el Fiscal General afirmó, con plena sangre fría, que White había sido un espía soviético y que el presidente Truman lo había recuperado para el *Fondo Monetario Internacional*. El sentimiento de inseguridad, aumenta considerablemente cuando Malenkov, sucesor de Stalin, anuncia que la Unión Soviética dispone de la bomba de hidrógeno. De 1950 a 1953 el senador Joe Mc Carthy inicia una campaña de *caza de brujas* pidiendo que se persiguiese implacablemente a los espías y que se bloquease económicamente a China. Sus propios excesos le condujeron a la caída. Tras el voto del Senado, el 2 de diciembre de 1954, fue condenado por conducta contraria a las tradiciones senatoriales y actos contrarios a la ética. Pese a ello el *macarthismo* ejerció un largo influjo negativo en Europa. El *anticomunismo norteamericano*, que tuvo como respuesta el *anticapitalismo americano* de la Unión Soviética, hizo que la *Guerra Fría* se situase en un plano agresivamente ideológico.

Envolviendo toda esta situación, se encuentra el problema de la seguridad y la aparición en Europa del *antiamericanismo* promovido ideológicamente por los partidos comunistas, de modo particular en Francia donde este partido habituado, desde 1947-1948, a un tono de extrema violencia, desprestigió cualquier acto norteamericano. Ello creó una especie de nebulosa intelectual según la cual la guerra fría era privativa de Estados Unidos y la Unión Soviética y ni Europa, ni Francia debían sufrir sus consecuencias ni, mucho menos, participar de ella.

 Por el contrario, en Estados Unidos, el prestigio de Jean Monnet es tan grande, que en abril-mayo de 1953 es triunfalmente recibido. Un año después, siendo ya presidente de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, que sitúa en primer plano al mismo tiempo integración europea y aproximación franco-alemana, resulta clamorosa la adhesión y el apego a los europeos por parte de la opinión pública norteamericana. Resulta evidente el apoyo norteamericano a la *Europa de los seis*, aun, incluso, teniendo en cuenta el rechazo británico a esa Europa restringida.

 El contraste en el plano de la psicología social no puede ser más evidente. La opinión europea minada por la propaganda antinorteamericana de los partidos comunistas, mientras en Estados Unidos la opinión está absolutamente volcada en apoyo y simpatía hacia *los Seis*, a pesar de la diferencia de opinión de los europeos anglosajones de Gran Bretaña. Ello en un momento en que, abierta la *Guerra Fría*, se discuten temas de gran importancia: si debe producirse una instancia armamentista, crear un ejército propiamente europeo o, en definitiva, abrir posibilidades firmes a un reforzamiento del Occidente euroamericano o, por el contrario, ha de prevalecer las antiguas y enmohecidas alianzas o bloques de poderes nacionales. Se trata de una lucha dialéctica larga, agitada y terriblemente confusa. En todo caso origina una profunda división de partidos y un cáncer interno, en el corazón mismo europeo, de donde emana una sutil y perniciosa capa psicológica de antiamericanismo.

En torno al año 1950 serán acontecimientos exteriores los que aceleren los movimientos de opinión en ambos hemisferios occidentales: la crisis de Indochina, el conflicto de Suez y los problemas de Líbano y Argelia.

 Hace ya casi tres años que el ejército francés está empeñado en Indochina en una guerra sin salida y, en 1953, ha alcanzado tal intensidad que sólo se mantiene gracias a una creciente ayuda norteamericana, pues la hábil dialéctica francesa ha convencido a Estados Unidos que luchan en Indochina para detener al comunismo. Si luchan por Occidente los otros occidentales le deben solidaridad y apoyo; es decir, desde vínculos culturales pretenden conseguir dar al conflicto carácter internacional, mientras Ho-Chi-Minh denuncia el *colonialismo francés* y proporciona datos según los cuales Estados Unidos soporta el 80% del coste de la guerra por cooperar a la seguridad de Occidente.

Se está produciendo una crisis fuerte entre dos naciones occidentales, plagada, además, de ambigüedades. El Primer Ministro francés Antoine Pinay cree que la intervención americana es injerencia inadmisible; John Foster Dulles considera importante la guerra de Indochina pero no desea entrar en el conflicto. Honda ambigüedad para ambas partes; las respectivas posiciones se interpenetran. En diciembre de 1953, en la Conferencia de las Bermudas, en un ambiente muy relajado se prepara la Conferencia de Berlín, que tendrá lugar en enero del año siguiente, con el planteamiento del problema de la división de Alemania. Mientras, la Conferencia de Ginebra, en febrero, deberá tratarse de la paz en Indochina, cuando ya era inevitable el fracaso francés en Dien-Bien-Phu, que el ejército francés considera clave en su posición estratégica. La caída de esta posición supuso la caída del gobierno francés y el acceso de Pierre Mendes-France. El 8 de septiembre el Tratado de Manila crea la SEATO (*Organización del Tratado del Sudeste Asiático*), que supone el relevo de Francia en Indochina por Estados Unidos.

Otra quiebra en la alianza de Occidente radica en la crisis de Suez. Deriva de la obra faraónica, emprendida por el presidente Nasser, la presa de Assuán. Foster Dulles que había hecho una oferta de financiación masiva, la retira el 19 de julio de 1956, queriendo poner fin al chantaje-amenaza de Nasser, de recurrir a la ayuda soviética; siete días después el presidente Nasser anuncia la nacionalización del canal. Para Inglaterra y Francia supone una extrema gravedad, primero por lo que tiene de amenaza a la libre navegación o, supuestamente, para el petróleo del Golfo Pérsico, pero, ante todo, se trata de una cuestión de prestigio pues aceptarlo implicaba una capitulación ante lo que ambos consideraban una dictadura, por mucho que es más adecuado considerarlo un *mesianismo nacionalista*. Estados Unidos, que se considera campeón del anticolonialismo, no desea que se le relacione con la intervención militar anglo-francesa: una acción característica del colonialismo europeo, por mucho que Francia y Gran Bretaña preparen la intervención militar presentándola como una fase del conflicto israelí-egipcio.

 Aplicando la filosofía de Locke del *hecho consumado* las tropas israelíes penetran en Egipto. El problema es llevado al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde conjuntamente las dos superpotencias —Estados Unidos y Unión Soviética— imponen un inmediato alto el fuego. Francia y Gran Bretaña interponen el veto, comenzando el bombardeo de Egipto, mientras lanzan paracaidistas sobre Port Said y Port Fouad. En breve Francia, Gran Bretaña e Israel no tendrán más remedio que aceptar el alto el fuego ordenado por el Consejo de Seguridad ante la brutal presión ejercida por el Banco de la Reserva Federal vendiendo las libras esterlinas. El 3 de diciembre se retiran las tropas.

 La breve guerra de Suez fue en sí de particular dramatismo y no sólo por coincidir con la sublevación de Budapest (23 de octubre de 1956) y la subsiguiente trágica intervención del ejército soviético aplastando la rebelión con carros de combate. La doble acción agravó la guerra fría y puso de manifiesto la fuerza del poder militar, la intensidad de efecto del poder económico y la consecuencia de la toma de decisiones políticas, sin contar con la asistencia de aliados. Los resultados de ruptura de la unidad occidental, fueron fácilmente remontados por parte de Gran Bretaña, mientras que el resentimiento francés fue mucho más profundo y duradero, pues todavía se agudizó con motivo del tercer problema exterior: la crisis de Argelia.

El 10 de enero de 1957, Harold Macmillan sucede a Anthony Eden. Para Macmillan, Suez ha demostrado la situación de debilidad del aislamiento de Gran Bretaña. Le parece más importante anudar lazos más estrechos con Estados Unidos e intentar aproximarse a la Europa de los Seis. El fracaso de Suez demuestra que nada es posible sin el acuerdo y la ayuda norteamericana y menos, en contra de la política internacional seguida por Estados Unidos. El 5 de enero de 1957 el presidente propuso al Congreso la *Doctrina Eisenhower,* que le daba poder de intervención inmediata en caso de ataque comunista directo sobre un país de Oriente Medio. En consecuencia, en 1958 son enviados al Líbano cuarenta mil soldados norteamericanos y la flota. Eisenhower lo comunicó telefónicamente a Macmillan y éste obtiene un éxito político de gran magnitud al abrir negociaciones en Bruselas y Washington, como socio preferente de Estados Unidos, especialmente en política nuclear.

Por parte francesa el fracaso de Suez tiene una dimensión muy diferente en el caso de Argelia, donde, como en Indochina, se lucha para la *protección del mundo occidental*. En Estados Unidos se levantan muchas voces en la opinión pública por considerar la política exterior norteamericana demasiado pro-francesa. Una de estas voces es la del senador demócrata John F. Kennedy, el cual critica la ayuda de su país a Francia, por considerar que la independencia de Argelia es inevitable. Cuando Estados Unidos y Gran Bretaña, acuerdan mediar en el conflicto proponiendo sus buenos oficios, esto resulta altamente impopular en el ejército francés, lo cual fue el detonante de la caída de la IV República y el inmediato acceso del General De Gaulle al poder, a comienzos de 1959. El 16 de septiembre el general, en un encendido discurso, muestra su preferencia por una autonomía interna de Francia y reconoce el derecho de Argelia a la autodeterminación.

Dentro de la mentalidad de guerra fría entre dos posiciones potenciales bipolares, se producen en efecto —Indochina, Suez, Líbano, Argelia— acontecimientos políticos en el exterior geohistórico de ambas superpotencias en situación pugnaz, que si bien incrementan el antagonismo, también producen grietas bien sensibles en la unidad occidental, como igualmente ocurre en el monolítico sistema de la Unión Soviética. En realidad, en ambos frentes —en especial en el occidental— se origina de modo inevitable y cada vez más firma el tema específico de la inseguridad, girando en torno a alianzas, conflictos, diferencias entre *fuertes* y *débiles* y, sobre todo, la pregunta de donde radican las amenazas y si éstas no han sido durante mucho tiempo un problema francés. El profesor de Harvard Henry Kissinger ha señalado con agudeza el papel funcional de Francia: “Francia querría tener lo mejor de dos mundos: jugar un papel de primer plano en los consejos aliados, pero sin asumir la responsabilidad de una defensa efectiva. Quería ser una gran potencia, siguiendo siempre la política del riesgo mínimo”[[2]](#footnote-3).

La orientación de Occidente hacia la afirmación de la seguridad se afirma en la *Organización del Atlántico Norte* (OTAN), que muy pronto advirtió como sus estructuras eran progresivamente discutidas y puestas en posición crítica. La organización interna de la OTAN constaba de un organismo político supremo, el Consejo del Atlántico Norte, al cual se subordinaba un Comité militar, compuesto por los jefes de Estado Mayor de los Estados miembros, con un órgano ejecutivo compuesto por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. En octubre 1950, se creó un comandante militar único para Europa –SACEUR- con el cuartel general en Rocquencourt, cerca de París. El primer comandante fue el general Eisenhower, una designación que satisface a los europeos por su prestigioso pasado como jefe victorioso de la Segunda Guerra Mundial. Al nombrar a su más destacado general, Estados Unidos puso de manifiesto que consideraba la defensa europea como suya propia; pero también ello suponía el dominio de la primera potencia aliada sobre el conjunto de la organización.

Esta última cuestión adquiere cada vez mayor consistencia hasta adquirir primacía cuando toman el mando el sucesor de Eisenhower, el general Ridgway, entre mayo de 1952 y julio de 1953, después el general Alfred Gruenther, hasta noviembre de 1956, y el general L. Norstad, hasta finales de 1962. Tal cuestión hizo adquirir la conciencia de que Rocquencourt era en realidad un cuartel general norteamericano y ello se acentuó cada vez más, pese a ser excelentes las relaciones entre los generales de distintas nacionalidades que formaban parte del staff del SACEUR; de modo terminante ello fue así, sobre todo, como consecuencia del secreto atómico, pues ni siquiera el mariscal Juin, comandante en jefe de Centroeuropa, tenía derecho a saber la naturaleza y el número de armas atómicas a su disposición en el caso de que se produjese una acción militar.

Los olvidados alemanes veían esto con profunda preocupación por tres sólidas razones que les afectaban de modo particularmente decisivo: porque su presencia en un Estado Mayor interaliado, seis años de su nacimiento como Estado, quedaba bajo una completa tutela; en segundo lugar, porque la amenaza contra la seguridad de Alemania, era mucho más inmediata y real que respecto hacia otros países de la alianza, debido al estacionamiento de unidades soviéticas en Alemania del Este y en Checoslovaquia; por último, porque Berlín quedaba fuera del espacio protegido por la fuerza militar de la OTAN, en cuanto avanzada del mundo occidental. En efecto, la potencia occidental, no sólo era garantía para la República Federal y para Berlín, sino también una pieza importante del juego diplomático, orientado, de hecho, a conseguir la reunificación alemana o, al menos, impedir excesos de presión soviética sobre su antigua zona de ocupación. Se alcanza un nivel de impotencia de la alianza occidental con el levantamiento del muro el 13 de agosto de 1961.

La crisis decisiva se había iniciado el 8 de octubre de 1953, cuando Estados Unidos y Gran Bretaña renuncian a la administración del territorio, retiran tropas y pasan la zona A bajo administración italiana, admitiendo que podría anexar la zona B. De Gasperi intenta obtener ventajas, pero debe dejar el poder en agosto de 1953 y muere en 1954. Se acentúa el antiamericanismo, tanto por la prepotencia militar y el dominio de los generales norteamericanos, como sobre todo, por la sutil propaganda comunista y, en fin, porque se impone el criterio de que la fidelidad a Estados Unidos supone un precio a pagar obligados por la decisiva ayuda económica. En Francia e Italia, se añade la cuestión según la cual el refuerzo de la alianza era fundamental para sanear la sociedad y, en particular, para conseguir inversiones para el desarrollo industrial. Sobre todo para Italia, la inseguridad no radicaba tanto en los ejércitos soviéticos, sino en su propia inestabilidad interna. Otro tanto ocurre en Gran Bretaña, donde el partido laborista en el poder (A. Bevan) está empeñado en una defensa de la sociedad, aunque no de la misma manera que en Italia lo intentaba la democracia cristiana, sino desde los principios de la izquierda laborista que concebía la seguridad como protección e incremento de la justicia social y el bienestar de la prosperidad económica.

Cuenta mucho la división interna del Labour Party, en la que Bevan es expulsado y Harold Wilson separado. En 1955 Clement Attlee deja la dirección del partido, le sucede Hugh Gaitskell, el cual ha contribuido eficazmente a cambiar la imagen de Estados Unidos en el seno del partido laborista. Gaitskell muere en enero de 1963. Ha conseguido afirmar dos principios fundamentales en la izquierda laborista británica: la democracia norteamericana y la Alianza atlántica son indispensables; la Comunidad atlántica indestructible. De hecho, la exigencia de armamento y el refuerzo económico estadounidense peculiar de los estados europeos no es capaz de borrar la imagen, sobre todo de la prensa comunista, de que Estados Unidos pretende un esfuerzo colectivo en provecho de su indiscutible superioridad política, militar y económica en Occidente. Los partidos políticos europeos quieren conseguir, incluso antes que la seguridad, ayudas para poder participar después en esfuerzos colectivos. En rigor sólo Gran Bretaña —gracias a la extrema habilidad política, de signo psicosocial de Gaitskell, que incluso superó el *bevanismo*— establece nexos sólidos coparticipativos con las tendencias políticas norteamericanas.

En la Europa continental continúan existiendo serias diferencias en el doble aspecto militar y económico, con serias quiebras: 1) Los acuerdos de 1948 hacen referencia a un multilateralismo europeo, pero el multilateralismo militar no es europeo, sino atlántico; 2) La finalidad del desarrollo económico está clara y unánimemente aprobada, mientras que la finalidad de la seguridad se encuentra cargada de equívocos. El Consejo de la OTAN que, en noviembre de 1951 contaba con cuarenta y tres divisiones, en 1954 ha aumentado a noventa y seis, de los cuales entre treinta y cinco y cuarenta son de intervención inmediata. Es la respuesta a los años últimos del estalinismo soviético; pero los mismos líderes europeos —Winston Churchill en Gran Bretaña y Edgar Faure en Francia— ante los respectivos congresos de *representación*, exponen que tal aumento de efectivos militares, supone un incremento notable de impuestos. Por consiguiente, en definitiva, la seguridad de las naciones europeas se encuentra en manos de Estados Unidos. Cuando en 1958 se produce el desembarco norteamericano en Líbano, con tropas situadas en Alemania, sin previa consulta al canciller Adenauer, se origina una oleada de indignación en la opinión pública y una aproximación a las tesis europeístas del general De Gaulle, son en realidad, datos que explican la elevación de Francia a la suprema jerarquía europea.

Por su parte, Gran Bretaña desarrolla su programa nacional para la bomba atómica. En 1952 ha llevado a cabo una prueba nuclear en Australia, que puede considerarse respuesta a la explosión atómica soviética de 1949. Se emprenden en 1952 investigaciones para conseguir la bomba de hidrógeno basadas en tres motivos esenciales: creación de una economía de considerables inversiones, convencer a la sociedad que si se consigue reemplazar el armamento clásico por armas nucleares, se podrá renunciar al servicio militar obligatorio, y poder prescindir de la espera de la *respuesta* norteamericana, en caso de ataque soviético; en fin, podrá perfeccionarse la capacidad de defensa, desde ideas propiamente británicas. Por su parte, en los últimos meses de la IV República Francesa, dos fuertes diferencias son fáciles de apreciar: se refuerza la idea de unir la potencia económica alemana a la capacidad tecnológica francesa, según la Convención de 1958. Predomina, en segundo lugar, la idea de que Francia no puede conseguir el apoyo norteamericano más allá del límite previsto por el Congreso en 1954.

¿Qué es lo que en 1960 irrita —más allá de la agitación propagandística del comunismo—, exacerba las viejas pasiones europeas antinorteamericanas e introduce en la opinión pública europea un sentimiento de rechazo a la alianza efectiva con Estados Unidos de América del Norte? La respuesta ofrece un cuadro poliédrico, en el cual cabe destacar dos vertientes: en una de ellas destaca *motivos propios del protegido*, podrían resumirse en el inevitable reconocimiento de la supremacía de Estados Unidos; su innegable brillo cultural con un desarrollo extraordinario de la investigación científica y sus aplicaciones tecnológicas; su decidido compromiso en defensa de la seguridad de Israel; la exageración sistemática de la divergencia atlántica. La segunda vertiente es más compleja y, categorialmente, más de las élites nacionales. Consiste en la abierta hostilidad a la política exterior norteamericana que ha penetrado las mentalidades políticas, económica e intelectual, que toma caminos irracionales, ciertamente muy próximos al antiamericanismo ideológico comunista. Por ejemplo, en Europa la crítica a las acciones internacionales de los presidentes Bush ha sido un lugar común, una forma única de pensar, decir y escribir, que no admite argumentación contraria alguna de cargo ni de descargo. A Estados Unidos se le critica si interviene y si no interviene; se critica lo mismo la *ingenuidad* de Carter que la *política de distensión* de Nixon, el *conservadurismo* de Reagan que el *pasotismo* de Clinton. Washington se convierte en el depositario de todos los males. El ascenso de muchos pueblos —comprendidos algunos europeos— mediante la ayuda norteamericana es suficiente para abstenerse de tomar su propio destino. Una parte importante del mundo islámico que ha accedido a la modernidad, la libertad de costumbres y las libertades individuales, se ha convertido en planetas antinorteamericanos.

La explicación a este fenómeno no corresponde sólo al tiempo norteamericano de 1945, también a su acceso al rango de potencia mundial bipolar con la URSS después de 1945 y después única potencia mundial tras el fracaso y la caída del comunismo y el imparable rescate de la potencia política, económica y militar. De donde resulta que la centralidad estratégica de la política internacional norteamericana es —después de medio siglo— el principal alimento del antiamericanismo planetario que adquiere carácter político a escala mundial. El punto de impacto más importante de la política exterior norteamericana, es el mantenimiento de la fidelidad a Israel que las propagandas soviéticas, tercermundista y antisionista lo presentan como un neo-colonialismo, considerado hostil a *movimientos de liberación nacional* y a todos los *oprimidos* de la tierra.

No se tiene para nada en cuenta el decisivo papel de Estados Unidos en la conclusión de acuerdos de Camp David entre Israel y Egipto, o la implicación en el proceso de paz israelí-palestino de Oslo. Tampoco se tiene en consideración que Estados Unidos fue la potencia protectora de Occidente contra la amenaza internacional comunista soviética; que creó una ideología de defensa contra el comunismo; que adquirió un aura de potencia liberadora del nazismo; que se ha erigido en el estatuto simbólico del mundo libre; punta de lanza del progreso científico y técnico; laboratorio abierto de los derechos civiles y de los derechos del hombre a escala mundial y, en definitiva el modelo más conspicuo de democracia moderna. Desde luego esta imagen comienza a cambiar con el cenagal de la guerra vietnamita, el escándalo *Watergate*, seguido del intermedio Ford-Carter; pero también, paradójicamente, con el hundimiento de la URSS en 1990, que prepara el camino del antiamericanismo planetario, porque sin duda, el fin de la amenaza mundial comunista cambia el papel histórico contemporáneo de Estados Unidos: de escudo protector, pasa a convertirse en potencia hegemónica y gendarme fuerte que es peligroso desafiar.

Este es el fenómeno que se puede apreciar perfectamente, dentro del mundo occidental atlántico en la década de 1960 a 1970, que veremos inmediatamente. En esa etapa se ponen de manifiesto —según se verá siguiendo el análisis histórico— cuales son los *traumas* —todavía en tiempos de la bipolaridad y la tensión de la guerra fría— que impiden estar de acuerdo con Noam Chomsky[[3]](#footnote-4) quien al hacer referencia a la historia del mundo desde finales de la Segunda Guerra Mundial, *desvelando verdades y mentiras* llega a la conclusión de que esos años están dominados por el *miedo a la democracia*. Claro está que por propia filiación ideológica entiende por *democracia*, régimen de izquierda. Se trata de una inversión semántica pues cree que *por el espantajo de una agresión comunista*, el *complejo militar industrial* concluyó en una *ideología de la seguridad nacional* que pudiese hacer posible el *control de la población*. De modo que el miedo ha llevado a Estados Unidos, en pleno proceso de descomposición de la Unión Soviética, a la *guerra del Golfo, al genocidio de la América Central* y a la lucha contra los *Carteles de la droga*.

Estas ideas se desmienten por sí mismas; son, realmente, la expresión más fehaciente del antiamericanismo que, en Occidente, se exacerba a partir de 1990, pero no hace referencias anteriores en la que se demuestra, con hechos, la tesis más arriba asentada.

IV

**LA DÉCADA DE LOS SESENTA: ANTAGONISMO Y *“FUERZAS PROFUNDAS”***

La suerte de Occidente en realidad oscila incesante entre universalismo y regionalismo: consiste en un acuerdo imposible pero en el que se pone empeño, aunque poca constancia, debido a la personalidad de aquellos que intervienen en el plano de la política personal y, sobre todo, a la condición referida a la formación intelectual de aquellos hombres de Estado que ejercen el liderazgo de sistemas políticos cuya teoría y praxis responden a muy distintas coordenadas de pensamiento político. Tales complejas *fuerzas profundas* deben conocerse —lo que sólo es posible mediante el análisis de las mentalidades que operan en el plano histórico— para estar en disposición de comprender los vínculos, las distorsiones y las discontinuidades mediante los cuales es factible comprender la realidad, respecto a los choques y acuerdos ocurridos en esta década. Cronológicamente, comienza con la presidencia en Estados Unidos de John F. Kennedy y acaba con la muerte del general Charles De Gaulle. Ese espacio temporal resulta, sobre todo, de sumo interés entre los años 1963 y 1968, que sería el espacio troncal de la década, precedido y seguido de dos potentes articulaciones históricas, que es necesario conocer. La primera, el retorno al poder del general De Gaulle, en junio de 1958, que marca un cambio en la política francesa con el intento de cambiar la naturaleza de las relaciones con Estados Unidos. Cambio que pondrá en acción en función de las relaciones bipolares. En tal sentido la crisis de los cohetes de Cuba, en octubre de 1962, dio una nueva orientación a las relaciones con Estados Unidos. La segunda coyuntura radicó en el ascenso de los demócratas al poder con Kennedy, lo que supuso algún cambio apreciable en las relaciones de la Alemania de Adenauer con Estados Unidos, cuando el 13 de agosto de 1961 N. Kruschev decretó, en una de sus fases agresivas, el cerco de Berlín, lo que suponía la quiebra de la línea esencial de política exterior de la República Federal Alemana: la unidad territorial.

Hombres de Estado. Mentalidades en colisión

En la década de los sesenta, pues, en la configuración de los fundamentos de Occidente, a fin de situarlo en el plano de la política internacional, existen dos modelos que corresponden respectivamente a los dos hombres de Estado de acción más intensa, que se encuentran con otros que tratan de renacer al máximo nivel nacional e intervenir con peso efectivo en lo internacional. La República Federal alemana de Konrad Adenauer está en plena reconstrucción material, política y económica, mientras el Reino Unido pasa por una crisis del partido conservador con una serie de dimisiones en cadena. Anthony Eden dimitió en 1957 por el asunto de Suez, cede el puesto de Primer Ministro a Harold Macmillan que se impone en las elecciones de octubre de 1959 y el 10 de agosto de 1961 formula petición de ingreso en la Comunidad Europea. Será vetada por Francia. Poco después se vio obligado a dimitir debido al escándalo Profumo, cediendo el puesto a Alexander Douglas-Home, en octubre de 1963. Éste será derrotado en las elecciones de octubre de 1964 por el laborismo, ocupando Harold Wilson el puesto de Premier, entre 1964 y 1970. También solicitó el ingreso en la Comunidad Económica Europea y fue, de nuevo, vetado. Dada la respectiva situación de Alemania y Gran Bretaña, ambas potencias europeas de segunda fila, el persistente veto de Francia sólo puede explicarse por la política gaullista de la *grandeur.* Debido a las circunstancias europeas, en la década que estudiamos, De Gaulle se convierte en el interlocutor válido de Estados Unidos, bajo la presidencia de John F. Kennedy y en relación con la afirmación o quiebra del concepto de Occidente, convertido en el eje de la modernidad y de la tradición cultural europea.

En 1961-1962 alcanzan máxima proyección dos mentalidades relativas a Europa: el gran diseño de Kennedy y la Europa del plan Fouchet tal como lo concebía el general De Gaulle. El eje del problema es cual es la función de Gran Bretaña en el conjunto europeo, de manera particular en las relaciones Europa – Estados Unidos. En enero de 1963, la conferencia de prensa de De Gaulle puso fin al proyecto Kennedy por el rechazo hecho a la Gran Bretaña de ingreso en el Mercado Común. En abril el voto unánime del Bundestag a la ley que autorizaba la ratificación del tratado franco-alemán pone fin al intento del general De Gaulle de una Europa separada de Estados Unidos.

La ofensiva del general De Gaulle para conseguir su propósito de equipararse en todo a las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial y que Francia ocupase en Europa un nivel ejecutivo similar a Estados Unidos en América, llenó de tensión la década de los sesenta, porque ese objetivo que ha quedado indicado, se lleva a cabo en un ambiente de situaciones límite, de choque, rechazo y oposición constante: antagonismo monetario, abandono de la OTAN, denuncia de la política estadounidense en Vietnam, oposición crítica a las políticas norteamericanas en América Latina, Oriente Próximo y Canadá. Todo ello, además, con una clara actitud, si no de apoyo, sí de inclinación estratégica con la Unión soviética; desde luego en abierta contradicción con el presidente Kennedy y, después, aún mayor, con su sucesor Lyndon Johnson. Reforzó al máximo los cimientos nacionales de Francia y el sistema colonial francés, restableció la autoridad central de la República francesa, llevó a cabo importantes reformas de estructuras, una política de autodeterminación argelina, así como su posterior independencia, aprobada por referéndum el 8 de abril de 1961. Finalmente, proclamó la unión de las naciones europeas —*La Europa de las Patrias—* así como la independencia de Francia respecto a la OTAN.

En las elecciones presidenciales francesas, del 5 de diciembre de 1965, sólo consiguió el 43,4% de los votos por lo que tuvo que ir a una segunda vuelta en la que derrotó al socialista Miterrand, con el 55% de los votos. Cuando se produjo la revolución izquierdista universitaria de 1968, tras un momento de perplejidad, se entrevistó con los jefes del Ejército, encabezado por el general Massu, y disolvió el Parlamento convocando nuevas elecciones, en las que sus partidarios obtuvieron amplia mayoría. Entregó el gobierno a Couve de Murville. Las medidas adoptadas por éste condujeron a una huelga general universitaria; la derrota en el referéndum sobre reorganización regional y del Senado, en abril de 1969, le llevó a presentar la dimisión retirándose a Colombey-les-deux-Eglises.

 De manera, pues, que el general De Gaulle ocupa en Francia toda la década de los sesenta con poder ejecutivo político. Estados Unidos, en las elecciones de 1960 ofrece la alternativa demócrata-republicana con dos personalidades muy distintas: John F. Kennedy, perteneciente a una rica familia irlandesa, católica, de la aristocrática Boston, ha hecho una carrera política casi inadvertida como senador; Richard M. Nixon, vicepresidente con Eisenhower, un político hábil, que tuvo una intensa actividad de viajes al exterior. Elegido Kennedy, tiene la especial relevancia de ser el primer presidente católico, algo tan extraño que se vio obligado a hacer declaraciones para tranquilizar a los inquietos protestantes. Además de ello, con cuarenta y tres años, Kennedy era también el presidente más joven de Estados Unidos. Incorporó al equipo de gobierno presidencial a varios jóvenes de carrera y destacada condición intelectual: a su hermano Robert Kennedy, Fiscal General; a Robert McNamara en Defensa, y a una serie de asesores intelectuales. Encontraron la política de contención comunista instrumentada sobre la *Doctrina Truman* y la política exterior de Eisenhower, concentrada en la Cuba de Fidel Castro. En las postrimerías de la presidencia de Eisenhower, fracasó estrepitosamente el desembarco en Bahía de Cochinos del exilio cubano en Florida, sin que Kennedy accediese a conceder un apoyo aéreo. Kruschev envalentonado por tal fracaso, tensó la política de acoso a Berlín y adoptó medidas más graves —construcción en Cuba de rampas de lanzamiento de misiles de alcance medio—, originando una fuerte tensión posterior sobre todo cuando en el discurso de investidura de Kennedy exponía un programa de extremo liberalismo político, uno de cuyos más bellos compromisos quedó expresado del siguiente modo:

“...pagaría cualquier precio, soportaría cualquier carga, enfrentaría cualquier penuria, respaldaría cualquier amigo, me opondría al enemigo que fuese, con tal de asegurar la supremacía y el logro de la libertad.”

Describe el programa de gobierno de gran ambición política, social, económica y cultural, y señala el compromiso firme del ejercicio de un poder mundial, basado en una política internacional de afirmación del sistema occidental, la afirmación de la democracia, la defensa de la libertad, el ejercicio del diálogo y la intervención de los acuerdos mediante la intervención de los organismos internacionales. Un dato esencial será la cuestión de la URSS, el comunismo internacional y la posibilidad de establecer acuerdos en la *Guerra fría*. El párrafo del discurso de Kennedy transcrito más arriba, resulta moralmente expresivo en la mente de un joven liberal que compromete todo para conseguir el *logro y supremacía de la libertad*. Ante todo distingue nítidamente *democracia* y *libertad* en cuanto supuestos de entidad racional, en los que no caben argumentos sentimentales. Cuando De Gaulle alcanzó la presidencia de Francia, se produjo una notable alteración en el componente de la política exterior francesa, menos contenido, más filosofía en el sentimiento en el que la Nación es el supremo valor político. Tan fuerte que pierde de vista la existencia de la política internacional, adoptando, por consiguiente formas pasajeras de las naciones que forman parte de Europa, que son en realidad inmutables en su esencia; sin seguir en la política una línea común con el *todo* al que ha querido pertenecer, sino con la *parte* que representa el propio ser nacional. El 11 de diciembre de 1962, en un mensaje al Parlamento, De Gaulle afirma que “la alianza atlántica actualmente es necesaria para la defensa del mundo libre”; pero el 31 de enero de 1964 denuncia el reconocimiento de la China de Mao-Tse-Tung, al que designa como “el régimen que actualmente domina China”. Es decir, una política coyuntural, que quizá pueda ser considerada oportunista, pero que, en todo caso, es desentendimiento de la universal. Francia, en el criterio de su Presidente es una nación como las otras, pero diferente porque tiene una función particular a juzgar en el contexto de Europa occidental. La ambición prioritaria de Francia debe ser el rango que debe alcanzar en el mundo bipolar; la ambición de De Gaulle es que Francia se equipare con las dos superpotencias, inclinándose hacia una u otra. Cuando una amenaza fuese ejercida por la URSS, Francia sería solidaria plena con Occidente. Así ocurre por ejemplo en la crisis de los cohetes de Cuba, en octubre 1962, pero de un modo muy particular, según advierte De Gaulle a Dean Acheson, enviado especial de Kennedy. Dean Acheson mostró a De Gaulle las fotos de las rampas de lanzamiento de cohetes construidas en Cuba, y oyó del Presidente: “Si hay guerra estaré de vuestro lado. Pero no habrá guerra”. Cuando no hay amenaza de guerra, la postura de De Gaulle es muy clara: Francia debe conquistar independencia e influencia en situación interdependiente con Estados Unidos. Opina que mientras la URSS permanezca quieta es fundamental evitar que la superpotencia norteamericana se extralimite.

Este modo de pensar debe añadirse a su opinión sobre los anglosajones. El 13 de marzo de 1960 De Gaulle visita a Macmillan y se producen visitas del presidente Eisenhower a París; así como de De Gaulle a Estados Unidos. En apariencia todas generan grandes entusiasmos, confianza y cordialidad, pero en todas, el objetivo de De Gaulle es que Francia acceda a una plena igualdad y rango respecto a Gran Bretaña y Estados Unidos. Lo evidente es que la fuerza de Europa se centra en una influencia más importante que *las relaciones especiales* Gran Bretaña - Estados Unidos. Insiste De Gaulle en establecer *relaciones especiales* con la Alemania de Adenauer: “Adenauer y yo –escribe en 1962- nos escribimos unas cuantas veces; nos vimos en quince ocasiones, sea en localidades francesas o alemanas; consumimos más de cien horas, solos, con nuestros ministros, con las familias”.En una ceremonia en París en el mismo año 1962, “juntos, en un vehículo militar, pasamos revista a una división blindada y otra alemana”; así como una solemne ceremonia religiosa en la Catedral de Reims.

Se advierte, sin embargo cuales son los contenidos de las *fuerzas profundas* que les separan de manera radical e inexorable. De Gaulle aparece como un firme defensor de Alemania ante las presiones de la URSS, sin que aparezca como enemigo de Rusia. De ese modo trata de evitar el control de Estados Unidos haciendo a Alemania más dependiente de Europa. Por otra parte, en relación con la Unión Soviética: debe analizarse la visita de Kruschev a Francia, del 23 de marzo al 3 de abril de 1960. Externamente, De Gaulle defiende el deseo de paz de Alemania, pero un año antes en una rueda de prensa ha afirmado “la reunificación en la libertad era destino normal del pueblo alemán, pero bajo la condición *sine qua non*, se le impidiese sobrepasar sus fronteras ‘actuales’ del Norte, Sur, Este y Oeste”. El 5 de abril de 1959 era oído respetuosamente en la *Casa de los Comunes* y, veinte días después, por el *Congreso Norteamericano* y, el 14 de mayo, en París como nación invitante en la conferencia a cuatro: Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Unión soviética. En estas cuatro oportunidades aparece como fiel aliado de Estados Unidos, interlocutor privilegiado de la URSS, voz política de la República Federal de Alemania, lo cual responde a su propósito de globalización sin conflicto y una Francia como referente inevitable de los tres. Todo ello desaparece cuando Kruschev provoca la ruptura so pretexto del sobrevuelo del territorio de la Unión Soviética por el avión espía americano, justo al final de la presidencia de Eisenhower y la elección de Kennedy.

### El drama de Berlín 1961

Se advierte en las reacciones histriónicas de Kruschev durante su visita a Francia. El líder comunista visitó Estados Unidos en septiembre de 1959, durante dos días convivió con el presidente Eisenhower en Camp David. Habían discutido los problemas alemanes, en especial el muy grave de Berlín al que podía dársele dos interpretaciones: o Estados Unidos debía darse como definitivamente enterado del ultimátum de Kruschev de 1958 sobre el régimen cuatripartito de Berlín y la firma de un tratado de paz separado o, por el contrario, en Camp David, Eisenhower ha abierto la posibilidad de nuevas conferencias sobre Berlín pero sin conceder nada *a priori; e*s decir, Estados Unidos parece estar decidido a no ceder al chantaje soviético. En todo caso, Estados Unidos desea garantías para el Berlín Oeste a cambio de conseguir concesiones jurídicas para el otro Estado alemán y la frontera polaca. Esto es inaceptable para Adenauer y para De Gaulle, que no dan su conformidad para la reunión de mayo de 1960, sino a condición de que no se haga concesión alguna, lo cual la condena al fracaso.

El SPD alemán propugna una reunificación mediante una negociación paritaria entre las dos Alemanias con el establecimiento de un mercado común para toda Alemania. Este plan será retirado, aunque en la perspectiva de elecciones legislativas, fijadas para septiembre de 1961, el hecho evidente consiste en que tanto Adenauer como De Gaulle hubiesen preferido la elección de Nixon para la presidencia, por la razón simple que ello hubiese supuesto continuidad en la mentalidad de Eisenhower. La juventud del presidente Kennedy y del grupo de intelectuales de que se rodea se supone mucho más proclive a los cambios que a las permanencias en los asuntos mundiales. Estos asesores —“los mejores y los más inteligentes”— son creadores de ideas pero fallan en modestia y conocimientos en los asuntos de Estado. Helmut Schmidt, pone en el mismo plano “la vanidad de poder incorregible y cerebral del general De Gaulle”, con la “morgue intelectual” de algunos ministros y colaboradores de Kennedy para explicar los problemas de la alianza occidental —girando más sobre personalidades políticas que sobre estructuras sólidas— al comienzo de los años sesenta.

Además, la era Kennedy ha iniciado su singladura con un fracaso achacable a la indecisión presidencial: la invasión de Cuba. Quizás pueda achacarse al cambio como consecuencia de las elecciones de 1960, pero es más acertado hablar de inexperiencia, bien porque Kennedy retrasó la decisión de su predecesor; bien por dejar iniciar una operación, en principio puramente cubana, contra la Cuba de Fidel Castro, condujo al fracaso humillante en Bahía de Cochinos, en abril de 1961, con grave repercusión en la opinión pública izquierdista de Europa. Castro significa para ellos una especie de héroe del socialismo popular antiimperialista, antinorteamericano, hacia el cual esta ideología europea ha transferido las esperanzas que en la década de los cincuenta depositaron en Tito. La *revolución castrista* es un modelo de revolución caótica, primero copiado sobre el modelo de la revolución francesa (*libertad contra el dominio económico*), después como líder de la liberación, que no habían conseguido los próceres de la Independencia.

Sin embargo, en la medida en que el fracaso del desembarco en Cuba produjo una caída del prestigio de Estados Unidos, los líderes europeos hicieron recuperar con rapidez el prestigio del presidente Kennedy, que radica en la fuerte amistad entre Kennedy y el Premier británico, Macmillan; en la visita que John y Jackie Kennedy hacen a De Gaulle en París, del 31 de mayo al 2 de junio de 1961; la visita de Adenauer, el 12 y 13 de abril de 1961, en la que la diferencia generacional se puso de relieve. Kennedy vio en el anciano Adenauer al superviviente de una época incapaz de distinguir los cambios que se han producido en el mundo. Por su parte, Adenauer no tiene confianza en la capacidad política de Kennedy para dar soluciones adecuadas a los serios problemas planteados. Sobre todo desconfía que el joven Presidente disponga de soluciones eficaces para el problema más urgente, localizado en Europa y, de modo concreto, en Berlín.

La presión soviética tuvo dos fases perfectamente visibles. En principio, el fracaso de Bahía de Cochinos en Cuba hizo pensar a Kruschev que trataba con un presidente débil e indeciso. En consecuencia, en junio de 1961 el líder del comunismo soviético amenazó con la firma de un tratado de paz con Alemania Oriental que, de ese modo, controlaría la ruta de acceso a Berlín Oriental. Kennedy decidido a que Berlín, símbolo de la resistencia al comunismo, no perdiese más libertad respondió llamando a filas a los reservistas del ejército y fortaleciendo la defensa civil. La situación se tensó cuando el gobierno de Alemania Oriental levantó el muro de Berlín para detener el paso de refugiados al Berlín Occidental. Una clara violación del Acuerdo de las Cuatro Potencias sobre Berlín. En el verano de 1962, Kruschev decidió desafiar a Estados Unidos en el hemisferio occidental, procediendo a la construcción en Cuba de rampas de lanzamiento de cohetes de alcance medio, amenaza directa contra la seguridad norteamericana. En octubre de 1962 los aviones de reconocimiento fotográfico comprobaron la instalación de las rampas, Kennedy no dudó de que debían ser retiradas y decidió un bloqueo naval para evitar la entrada en Cuba de armas nucleares. La firmeza de Kennedy produjo una retractación del proyecto soviético que anunció el desmantelamiento de las rampas de lanzamiento si Estados Unidos se comprometía a no invadir Cuba. Se produjo una notable mejoría de relaciones. Se estableció una línea directa Moscú – Washington, para comunicarse en tiempos de crisis. Posteriormente se firmó un tratado que prohibía las pruebas nucleares.

¿La presión sobre Cuba marca la disminución de la presión sobre Berlín? En modo alguno; la simultaneidad de ambas es un termómetro de la iniciativa política de Kruschev que quedó señalada en el durísimo encuentro de Kennedy con Kruschev en Viena, el 3 y 4 de junio de 1961, a partir de la cual la presión soviética sobre Berlín disminuye. En este encuentro Kennedy mantiene inflexiblemente los tres puntos esenciales sobre los cuales Estados Unidos no puede hacer concesiones: la presencia norteamericana en Berlín Oeste, el libre acceso a éste y la seguridad de su población. ¿Qué hacer del paso de refugiados al Berlín Occidental? En 1960 han pasado a la Alemania occidental casi doscientos mil alemanes por Berlín, que era la vía normal de tránsito. Por vía aérea, en 1961, más de treinta mil, sólo en enero y febrero; cuarenta y dos mil en marzo y abril. Casi la mitad son jóvenes, menores de 25 años; una cuarta parte, entre 25 y 45 años de edad. Buena parte son artesanos o técnicos cualificados de la industria. Es una corriente que va en aumento: sólo el 6 de agosto pasan al Berlín Occidental dos mil trescientos cinco.

 Una reunión de ministros de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y República Federal Alemana, celebrada en París, cubrió con sorpresa general la noticia del levantamiento del Muro de Berlín, una barrera infranqueable entre Berlín Oriental y el Occidental. El problema es gigantesco: trabajadores que pierden su trabajo, al no ser permitido ningún paso; líneas de abastecimiento rotas y suspendidas; familias separadas. Los berlineses se indignan, el clamor es gigantesco porque se afirma la idea de que *Occidente no hace nada*. Willy Brandt escribe a Kennedy expresándole que una postura inactiva o de simple defensa, puede provocar una crisis de confianza con relación a las potencias occidentales. En la contestación a Brandt, el presidente Kennedy reitera las garantías para Berlín Oeste, anuncia el envío de refuerzos, promete velar por mantener la serenidad a lo largo de la línea de demarcación, pero, concluye: el muro sólo podía derribarse mediante una guerra que nadie quiere. Cada uno de los tres gobiernos occidentales envía una nota de protesta a la URSS que simplemente la ignora. Estados Unidos sólo practica la política de contención definida por la política exterior, según quedó indicado en 1947. Para el canciller Adenauer todo esto supuso un gran fracaso, pues había preparado la política europea y atlantista compatible con la reunificación alemana y a consecuencia de la dramática realidad supuesta por el levantamiento del *Muro* resulta que, al Este, el régimen comunista alemán se ha consolidado y, al Oeste, será preciso crear una nueva política que evite la profundización de la fosa entre las dos Alemanias.

El general De Gaulle en una visita que realiza a la República Federal, en septiembre de 1962, evita deliberadamente visitar Berlín. A la inversa, en junio de 1963, el presidente Kennedy despierta un enorme entusiasmo al concluir un clamoroso discurso clamoroso en alemán: “Ich bin ein Berliner”. Hizo pensar a los berlineses que el presidente de la primera potencia considera a Berlín el eje de la política mundial y, desde luego, hizo aumentar su popularidad en Alemania, incluso después de su asesinato en Dallas, el 22 de noviembre de 1963, precediendo la desaparición de Adenauer, muerto en 1967. Esta opinión muy favorable a Kennedy se puso de manifiesto en Francia, cuando en noviembre de 1977, con motivo de una visita del entonces presidente Carter, en una encuesta sobre el nivel de aprecio de los franceses a los presidentes norteamericanos, sitúa en cabeza con un 68% a Kennedy, seguido por Eisenhower con el 8%, oscilando los otros entre el 3% y el 1%.

En definitiva, el muro de Berlín fija una nueva realidad alemana. Paralelamente, entre finales de julio y primeros de agosto de 1961 en Occidente comienza un cambio de considerable importancia. El Primer Ministro británico, Harold Macmillan, a pesar de la oposición laborista e importantes sectores del propio partido conservador, solicita el ingreso en la Comunidad Económica Europea, seguido inmediatamente por Dinamarca, Irlanda y Noruega. La naturaleza de las relaciones entre Gran Bretaña, Europa y Estados Unidos alcanzan un punto de relevante importancia en términos, ante todo, de comercio mundial y, en definitiva, un peso político internacional. En el cuadrilátero universal competitivo en esa doble estructura -comercio y política- no es lógica la renuncia a ocupar uno de sus ángulos la Nación que detenta la mayor parte del comercio mundial, cuya moneda, además, es instrumento de cambio. Por otra parte, la opinión pública europea —sobre todo la francesa, promovida de manera constante por el general De Gaulle— desarrolla una mentalidad psicosocial antinorteamericana. Los vínculos culturales e históricos entre Gran Bretaña y Estados Unidos pueden conseguir modificar notoriamente esa mentalidad psíquica colectiva.

**Kennedy y la estrategia de la paz: intento de una Alianza Occidental**

La línea política del presidente Kennedy, en la que se incardina la mentalidad nacional norteamericana respecto a la respuesta que, en el desenvolvimiento de la guerra fría, había que adoptar ante los desafíos provenientes del líder comunista ruso N. Kruschev, tuvo el momento clave de aprendizaje durante el año de 1962. Entonces se suceden tres actos que proporcionaron mutuo conocimiento de sus respectivos modos de decisión y acción y, sobre todo, cuáles eran, en realidad, sus intenciones respecto al desarrollo de sus ideas a corto, medio y largo plazo; las intenciones tanto de Kennedy como de Kruschev. Estos tres actos fueron la reunión de Viena, la *Crisis de los misiles* y el *Grand Design*. La dura reunión de Viena, en la que se realizaron tanteos mutuos acerca de firmeza de posiciones, especialmente respecto al tratado de paz oriental, con las graves consecuencias que ello acarrearía no solamente a los objetivos de la Alemania de Adenauer, sino a la estrategia global del Mundo Occidental. El consejero de Kennedy, Theodore Sorensen, ha descrito con enorme precisión el desarrollo de la entrevista de Viena en la medida en que sirvió, a ambos líderes, para calibrar la potencial resolución de su respectivo rival en la toma de decisiones, así como la firmeza en la resolución y aplicación de principios políticos. Los dos temas de absoluta confrontación van a ser en Europa, Berlín; en el momento en que se levanta el Muro, el asedio, el puente aéreo para el abastecimiento y finalmente, el inequívoco testimonio de la presencia en Berlín del presidente Kennedy para refrendar el apoyo de Estados Unidos, cabeza del mundo occidental, a la Alemania Occidental. El segundo tema, de confrontación en la acción, radica en el caso del descubrimiento de la construcción en Cuba de las rampas de lanzamiento y el almacenaje de cohetes balísticos de alcance medio, con amenaza directa a la seguridad del territorio norteamericano, incluida la capital, Washington.

Hechos ambos con plenitud de responsabilidad que, lógicamente, como crisis de confrontación directa, en la que las decisiones del presidente norteamericano no sólo afectaban seriamente la amenaza de una guerra mundial, sino que suponían un riesgo considerable para las naciones europeas aliadas en el mundo occidental; aliadas y, en esos momentos, proclives a una actitud que trata de impedir los propósitos de expansión ideológica en el área occidental. La crisis de los cohetes de Cuba fue considerada por Harold Macmillan, con motivo de un discurso, en la Cámara de los Comunes “uno de los grandes momentos de la Historia”. El otoño de 1962 fue para Kennedy “un periodo culminante, aunque sus efectos no pueden ser percibidos por entero hoy” entendiendo, pues, que “los historiadores futuros que investiguen 1962 pueden calificar ese año como aquel en que la marea empezó a retroceder”. 1962 y 1963, para los efectos de esta doble crisis, afectaron de modo decisivo las relaciones soviético-americanas, las chino-soviéticas, la Alianza Occidental —que es la que estos momentos nos va a interesar preferentemente— y otros sectores históricos más regionales pero también afectados por la decisiva importancia que, para el curso de la política internacional, tuvieron estas profundas y nada despreciables crisis.

El mundo de ideas elaborado por el presidente Kennedy y su brillante equipo de colaboradores, intelectuales de alcurnia y de fuerte capacidad creadora, cristalizó en el famoso *Grand Design* sobre el cual escribió un detenido análisis político y económico Joseph Kraft[[4]](#footnote-5).

Según ha quedado anteriormente dicho, la hegemonía bipolar de las dos superpotencias, con sus respectivos aliados, originó una peculiar situación en la historia universal en la que generaciones enteras crecieron bajo la amenaza de un conflicto nuclear global cuyas consecuencias podrían significar el final de la humanidad. En los sectores de los estados —que, por otra parte viven lo que considera una época financiera dorada, con la revitalización de la economía— se produjo una afirmación importante de la psicología social, sistemas de análisis de comportamiento, nuevos impulsos en la investigación científica y técnica, otros modelos matemáticos capaces de advertir movimientos estratégicos que pudiesen significar una señal de peligro respecto a una posible acción ofensiva enemiga. La sensación de miedo tuvo una decisiva implantación política y ello produjo la extensión de una oleada de desconfianza y temor y, con ello, la proliferación de grandes organizaciones de espionaje, contraespionaje, o sensitivas reacciones de la opinión pública centradas en las Bolsas de Valores de las grandes empresas comprometidas en el juego del dinero.

A principios de los años sesenta pareció que disminuía la tensión sustituida por una *distensión* que tuvo que superar, primero, una etapa de confrontación insólita entre las bravuconadas de Kruschev y la política de grandes gestos de Kennedy. El resultado de esta fase consistió en la necesidad de conseguir una cierta estabilización del sistema internacional en las respectivas esferas de asentamiento de cada una de las dos superpotencias y, en segundo término, el acuerdo de no asustarse mutuamente y no imponer el miedo al resto del mundo que asistía aterrado a sus envites, por si ello pudiese conducir al holocausto nuclear. Coincidió este momento de amenazas mutuas con la brusca aceleración del grave fenómeno de la descolonización, revoluciones en el tercer mundo, el incremento desde China de la tensión ideológica marxista, obligó a Kruschev a aumentar sus exigencias, aunque la firmeza de Kennedy que en la reunión de Viena del 3 y 4 de junio de 1961 para negociar la crisis de Berlín, no pudo llegar a comprobar pues el bloqueo de Cuba condujo a un acuerdo de mutua retirada de cohetes balísticos y la puesta en uso de un teléfono rojo directo. Respecto a los conjuntos políticos y sociales, se advierte un flujo y reflujo entre tendencias de opinión izquierdistas y posiciones conservadoras que se mantuvo en la década de los sesenta, junto con la aparición de gobiernos reformistas de índole demócrata-rooseveltianos, en Estados Unidos, o dominados por socialistas o socialdemócratas, en la práctica totalidad de países excombatientes de Europa. Incluso los comunistas participaron en algunos gobiernos hasta 1947. Este radicalismo de los años de resistencia dejó huella en los nacientes partidos conservadores como los cristianodemócratas e, incluso, el partido conservador británico que hizo propias las reformas laboristas posteriores al final de la guerra mundial.

En la década de los sesenta el consenso se desplazó hacia la izquierda, por una parte a consecuencia del retroceso del liberalismo económico ante el keynesianismo; quizá, por otra, debido al acceso a la política de Estado de una generación biológica más joven, ante la desaparición de escena de la vieja: Eisenhower, nacido en 1890, en 1960; Adenauer, nacido en 1876, en 1965; MacMillan nacido en 1894, en 1964; incluso De Gaulle, nacido en 1894, desapareció al final de la década de los sesenta. De hecho los años culminantes de los años sesenta fueron favorables a las posiciones de la izquierda moderada. El giro a la izquierda también debe situarse como una consecuencia del choque entre las teorías universalistas promovidas por John F. Kennedy y la resistencia tenaz a someterse a ellas por parte del general Charles De Gaulle, acaso como una actitud derivada del apartamiento de su ingreso entre los grandes por el presidente Roosevelt.

### El peso estratégico de la política norteamericana

En el citado libro de Joseph Kraft sobre el *Gran Diseño* de Kennedy, el autor explica que éste es un engaño que el presidente lanza a los norteamericanos para que lo consideren como una gran causa *nacional*, hecha al ejemplo de Francia en la Comunidad Europea, construida por un archicapitalista —Jean Monnet— un archicatólico —Robert Schumann— y un archisocialista liberal —Guy Mollet— para conseguir el desmantelamiento de las tarifas aduaneras mediante una negociación entre Estados Unidos y un solo correspondiente europeo. Insiste en que ello es necesario para el desarrollo de la economía norteamericana, la occidental y la mundial en su conjunto. Tal radical interpretación es imprescindible, si se quiere conseguir una opinión objetiva, situada en un contexto de *fuerza profunda* de la política internacional estadounidense y no en una perspectiva estrictamente personalista ceñida a Kennedy.

Desde 1954 prevaleció en Estados Unidos la doctrina militar de las represalias masivas, como réplica a un eventual ataque de la Unión Soviética contra el territorio norteamericano o de algunos de sus aliados. El escudo nuclear protector norteamericano constituye una cierta tranquilidad para sus protegidos. Lo que ocurre es que, bajo la presidencia de Kennedy, del secretario de Defensa, Robert McNamara y del general Maxwell Taylor, se hace ver que las represalias nucleares son impensables en todos los casos. Se establecen tres categorías: guerra convencional, guerra subversiva, guerra nuclear. Es decir la guerra graduada; según la gravedad de la amenaza, Estados Unidos recurre a una posición belígena convencional, subversiva o nuclear. El Pentágono tiene los medios para sostener al mismo tiempo una guerra en Europa, otra en Asia y otra, menos importante en Iberoamérica. Se denomina la estrategia de las *dos guerras y media*. En todo caso, los efectivos militares de Estados Unidos nunca atacarán primero; la respuesta, siempre militar a las instalaciones militares enemigas mediante una *destrucción asegurada*. Esta es la *doctrina McNamara* expuesta en Ann Arbor (Michigan), en junio de 1962, que ha de convertirse en la política oficial de defensa de Estados Unidos.

En otro nivel, la seguridad nacional estadounidense debe hacer referencia explícita a la prevención de la subversión y al espionaje, lo cual depende del FBI y la CIA. Esta última fue creada en 1947, cuando Estados Unidos carecía de servicios de espionaje y contraespionaje, dando por sentado que el FBI, nacido medio siglo antes, tiene por objeto la protección de la seguridad nacional en el interior de las fronteras. La CIA busca informaciones, analiza la situación política, económica y social de los países de todo el mundo. Lleva a cabo acciones secretas e, inevitablemente, interviene en los asuntos internos de las naciones donde actúa, lo cual ya no es función propia. Su intervención es particular en países del Tercer Mundo y tiene una participación directa en la caída de líderes, como, por ejemplo, el presidente Arbenz de Guatemala (1954); ha contribuido a la del primer ministro de Irán, Mossadecq (1953) y en diversas crisis; el fracaso del desembarco en Bahía de Cochinos produjo la destitución de Allen W. Dulles y el nombramiento de John McCone. No es esto lo importante, sino que la CIA es confiada al secretario de Justicia para controlar más cercanamente las actividades de la CIA, si bien las medidas de control no suponen una solución satisfactoria, como se demostró en el caso de la Gauayana británica y del hindú Cheddy Jagan, de filiación socialista, elegido primer ministro (1955-1963), derrocado por una huelga sindicalista financiada por la CIA. Queda claro, en definitiva que los liberales de la Nueva Frontera conocen la filiación de lucha contra el comunismo y en defensa de las libertades, sin reparar mucho en los medios y en los instrumentos utilizados para conseguirlo.

En rigor, lo que cuenta para el presidente Kennedy de modo eminente, no puede resumirse en una palabra o un tema. El cuadro de su componente político tiene un fondo fundamental: la Unión Soviética y su estructura influye en todos los problemas y todos los continentes. Ante todo, Europa, pues desde febrero de 1961, Kruschev acababa de abrir la crisis de Berlín, poniendo un plazo, hasta diciembre para la firma de un tratado de paz por el que se reconozca la existencia de dos Alemanias. Dean Acheson aconseja a Kennedy la mayor firmeza, pero el presidente trata de negociar directamente con Kruschev: a ello responde la reunión en Viena el 3 y 4 de junio de 1961 que demuestra la facilidad de la relación entre ambos líderes, y la imposibilidad de llegar a ningún acuerdo sobre Berlín. Kennedy dejó bien sentado que Estados Unidos tenía compromisos con los habitantes del Berlín Oeste y que los mantendrá. Deja claro que el cierre de las carreteras de acceso a Berlín será considerado por Estados Unidos como un *casus belli*. A su regreso a Estados Unidos prepara a la Nación para una posible emergencia bélica, solicita y obtiene del Congreso nuevos créditos militares y no excluye el desencadenamiento de una guerra nuclear. Inicia un programa de construcción de refugios nucleares, dramatizando profundamente la posibilidad de una guerra termonuclear.

La crisis de Berlín no impulsó la unidad del mundo occidental. Por el contrario, las relaciones entre Estados Unidos y Europa occidental entran en un periodo de extrema dificultad. Gran Bretaña sufre fuertes dificultades económicas que intenta solucionar aproximándose al máximo a estados Unidos. Como vimos, los países anglosajones mantienen relaciones privilegiadas gracias a la gran amistad de Kennedy con MacMillan, pese a la diferencia generacional que queda anulada por los vínculos culturales. Con Francia, dirigida por el general De Gaulle, las relaciones son muy diferentes. Kennedy admira al héroe de la Francia libre. Su esposa Jackie, de formación cultural francesa, le ha leído algunos pasajes de las *Memorias de Guerra* de De Gaulle y ha acrecentado su admiración por el héroe de la libertad. La visita del matrimonio Kennedy a Francia contribuyó a estrechar mucho más los lazos tradicionalmente afectivos de Estados Unidos y los franceses. Kennedy no comprende el profundo sentimiento nacional del general, pues lo considera una forma política arcaica, en profunda contradicción con la tendencia a las unidades supranacionales característica de los años sesenta. Supone, con todo fundamento, que la división de Europa occidental es lo que origina su debilidad. Kennedy experimenta una admiración profunda intelectual por Jean Monnet. Estas y otras reflexiones y diálogos con miembros de su equipo, llevan al presidente norteamericano al planteamiento del *Gran Proyecto*, que condujo al choque con De Gaulle y, en definitiva, a la ruptura de la Alianza política y económica pretendida por Kennedy y a las consecuencias posteriores.

### El Gran Proyecto de Alianza Occidental

Todo se inició el 4 de julio de 1962. Según parece evidente, la inspiración del mismo está en el pensamiento de Jean Monnet, por el cual Kennedy descubre la Francia política que ama. Ese día en Filadelfia, en lugar de celebrar el *Día de la Independencia*, el presidente Kennedy lanza una declaración de interdependencia. Es un discurso a mitad de camino entre el anuncio, hecho en febrero, de un proyecto de ley autorizando al presidente a concluir reducciones tarifarias y la promulgación —el 11 de octubre— de la *Trade Expansion Act*. Refiriéndose al proceso de unificación europea declara: “Estados Unidos observa esa empresa con tanta esperanza como admiración. No consideramos que una Europa fuerte y unida constituya una rival, sino una asociada. Contribuir a su progreso ha constituido un objetivo básico de nuestra política exterior desde hace diecisietes años. Estoy persuadido que Europa irá a más hasta llegar a desempeñar un papel importante en la defensa común, de responder más generosamente a las necesidades de las naciones pobres, de sumarse a Estados Unidos y a otros para bajar las barreras aduaneras, para resolver los problemas de divisas y de materias primas, para desarrollar una política coordinada en todos los campos de orden diplomático, económico y político...”.

 La frase central del discurso, que le da un énfasis especial a cualquier otro aspecto del mismo, es aquella en la que hace la siguiente afirmación: “Diré ahora y aquí en este día de la Independencia, que Estados Unidos está preparado para una declaración de interdependencia; que estamos dispuestos a discutir con Europa unida las vías y medios para formar una aspiración atlántica concreta y mutuamente benéfica entre la nueva unión que emerge hoy en día en Europa y la vieja Unión Americana”. Esta es la idea de la Comunidad atlántica, que nadie dice que pretenda ser sustitución de la Comunidad Europea, sino, justamente, comunidad occidental de equisemejantes estructuras e idénticas funciones culturales, de valores semejantes. Quizá por la traducción de la palabra anglosajona *partnership*, o quizá por la aparente superioridad —que es difícil de apreciar— la cuestión resultante fue una interpretación del sentido del discurso, completamente alejado de la correcta intencionalidad del presidente Kennedy. El *proyecto* fue expuesto en noviembre por George McBundy, asesor principal del presidente, y lo que pretendía era una Europa fuerte asociada en pie de igualdad de Estados Unidos.

 *Prima visu* no existe diferencia esencial entre Jean Monnet y Charles De Gaulle. Este habla al presidente alemán —el 4 de septiembre— de la unión entre Francia y Alemania y al preguntarse las razones, contesta: *porque estamos directamente amenazados*. La aproximación recíproca entre Europa y América, a la larga, no puede asegurar su solidaridad, a no ser que entre Europa y América exista una potencia y prosperidad del mismo orden que el que Estados Unidos tienen en el Nuevo Mundo. Entonces, ¿qué significa para el general De Gaulle el *partnership* igualitario? Cuando en la reunión del Consejo de la OTAN en Atenas en los primeros días de mayo de 1962, el Secretario de Defensa norteamericano, Robert McNamara, expone, sin consulta previa, su doctrina estratégica aplicable a la OTAN. Destaca el deseo norteamericano de que nadie desarrolle la fuerza atómica sin la autorización de Estados Unidos.

En lo mismo inciden George Bundy y George Ball, en una conferencia dictada en febrero de 1962 sobre el tema *Towards an Atlantic Partnership*. Todavía en junio del mismo año irrita al conjunto de los gobiernos europeos, uniendo las preocupaciones comerciales con las políticas, cuando expresa una desconfianza hacia MacMillan, que podía ofrecer a De Gaulle una ayuda nuclear, a cambio de apoyo para que Gran Bretaña ingresase en el Mercado Común. De hecho, la actitud de El Reino Unido no deja de ser de cierta contradicción. Quiere, a la vez, mantener relaciones nucleares privilegiadas con Estados Unidos y participar de los beneficios económicos europeos, sin estar plenamente en el Mercado Común. O, en otra dimensión, modernizar su Fuerza Aérea, disponiendo de los misiles disparados desde el aire (los Skybolt), en lugar de los submarinos Polaris, lo cual prolongaría el uso de los bombardeos de la Real Fuerza Aérea. Lo que ocurre es que McNamara considera preferente el desarrollo de los submarinos *Polaris* y proyecta suprimir los *Skybolts* y el establecimiento de la base de submarinos *Polaris* en Holy Loch (Escocia).

El exsecretario de Estado y uno de los asesores más inmediatos de Kennedy en asuntos de política exterior, Dean Acheson, en una conferencia pronunciada en West Point, había dicho que “Gran Bretaña había perdido su imperio y todavía no ha encontrado un rol”. Varias personalidades inglesas, expresando que Acheson había cometido el mismo error que una larga serie de personas en el transcurso de los últimos siglos (recordaban a Felipe II, Luis XIV, Napoleón, el Kaiser y Hitler), de pensar que Inglaterra había quedado internacionalmente fuera de juego, obligaron a los norteamericanos a dar explicaciones en el sentido que las ideas de Acheson no eran las del gobierno. Aun así, no cortaron la indignación británica.

 Macmillan se reúne en París con De Gaulle y solicita el ingreso del Reino Unido en la Comunidad Económica Europea, petición que fue negociada con grandes dificultades e inconvenientes por los funcionarios de Bruselas. Por su parte, De Gaulle no aporta perspectivas favorables. Al tiempo se celebra una difícil entrevista entre Macmillan y Kennedy, en las Bermudas, que resultó la más dificultosa de las reuniones angloamericanas, en primer lugar por defecto de preparación previa, pero, sobre todo, por el momento político de Kennedy, envuelto en la gloria por el éxito de la crisis de los cohetes cubanos, ante un dirigente británico cada vez más cuestionado políticamente por el laborismo e, incluso, por miembros eminentes del propio partido conservador.

 Kennedy está muy interesado en empujar a Macmillan hacia Europa y, por ello, no incrementa los privilegios especiales británicos relativos, en especial, a la fuerza atómica sin quedar sometida al control norteamericano. Por su parte, MacMillan quiere obtener del indicado privilegio un incremento de su prestigio, sin que ello refuerce el sentimiento de ofensa en el general De Gaulle. A finales de año tiene lugar la *Declaración sobre los sistemas de defensa nuclear*. En ella se expone la necesidad de desarrollar una fuerza multilateral nuclear de la OTAN, a disposición de cuya institución de seguridad se ponen seis misiles Polaris sin cabezas nucleares, que Gran Bretaña los pondrá en sus submarinos nucleares, con cabezas de su fabricación, afectos a las fuerzas de la OTAN. Al general se le ofrecerá el mismo sistema. Kennedy y Macmillan estiman que aceptará. Pero el general el 14 de enero de 1963, en una conferencia de prensa habla desdeñosamente de los acuerdos y da una respuesta negativa, sobre todo a Gran Bretaña, exponiendo unas razones que se consideran claramente incomprensibles: su entrada sería seguida por la de numerosos países y, como consecuencia, Europa perdería toda coherencia. Aparecería, entonces, una comunidad Atlántica colosal bajo dependencia y dirección americanas, que acabaría por absorber la Comunidad Europea.

 Pocos días después, el 23 de enero de 1963, De Gaulle firma solemnemente en París, con el canciller alemán, un tratado cuyo objetivo es estrechar la cooperación francoalemana y, en primer término, esto favorece el deseo de De Gaulle de desarrollar el armamento nuclear. Al tiempo pide comprensión para su idea de que Alemania no quede marginada de una organización multilateral. El ministro de Asuntos Exteriores, Gerhard Schröeder, otros dirigentes del partido mayoritario y la oposición social-demócrata irritados con la política del general De Gaulle preparan una *Declaración del Bundestag*, en cuyo preámbulo se ratifica la decisión de cumplir los objetivos que dirigen la política alemana y que la República Federal preconiza desde hace años, *en común con los otros cuatro aliados*, son expuestos en cinco puntos:

1. Mantenimiento y consolidación del acuerdo entre los pueblos libres con cooperación particularmente estrecha con Estados Unidos.
2. Aplicación del derecho de *autodeterminación* al pueblo alemán y restablecimiento de la unidad alemana.
3. Organización de la defensa común en el seno de la OTAN con integración en ella de las fuerzas de los países pertenecientes a la Alianza.
4. Unificación de Europa siguiendo la línea de las comunidades europeas, incluyendo al Reino Unido, así como a los otros países dispuestos a una adhesión.
5. Consolidación, al máximo, de las comunidades existentes.

Este texto fundamental cambia el significado que De Gaulle ha dado al tratado y a toda la política franco-alemana. El general en una conferencia de prensa, en octubre de 1966, expone que la *Declaración* privó de inspiración y de sustancia al acuerdo franco-alemán explicando que *ellos* —los alemanes— no aplican el tratado bilateral, pero el preámbulo cambia todo el sentido bilateralista. Aquí queda prácticamente sin posibilidad el proyecto de Kennedy de la Alianza Estados Unidos - Europa, pero también el ambicioso sistema gaullista de una Europa basada en el apoyo alemán a la política francesa.

 1963 es un año nefasto en el que Adenauer y Macmillan dejan el poder en octubre, el presidente Kennedy es asesinado en noviembre y el desarrollo del Mercado Común, con seis (Italia, Francia, Alemania, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo), continúa en el plano económico. El *Kennedy Round*, es decir, la negociación surgida de la *Trade Expansion Act* tras vencer grandes dificultades, conocerá finalmente el éxito.

Kennedy después del citado discurso del Día de la Independencia, ya mencionado anteriormente, vuelve a referirse de nuevo al tema, en junio de 1963, en Frankfurt. Se trata de la edificación de una comunidad atlántica sobre dos pilares: Estados Unidos y Europa unida, un *equal partnership*, que no será efectivo hasta la admisión de Gran Bretaña en el Mercado Común. Quizá el concepto que encierra la palabra inglesa de *partnership* no resulta claro en sus acepciones porque es una alianza o asociación comercial, pero también puede ser geográfica, política o económico-financiera. También el término puede hacer referencia al *leadership*, dirección del mundo libre, que Estados Unidos se atribuye y nadie, excepto Kruschev y De Gaulle, discuten. Por otra parte, figuras distinguidas norteamericanas, como Dean Rusk, sostienen que el *partnership* entre Estados Unidos y la Europa occidental existe desde 1945, e incluso desde 1941. Hay algo más, Kennedy, en sus discursos emplea siempre el término *interdependencia*. Resulta que en el vocabulario oficial de Washington ambas expresiones conceptuales se excluyen mutuamente. El primero se aplica al ámbito económico y se refiere a entidades separadas pero iguales; *interdependencia* se aplica al problema de la defensa y se refiere al papel único de Estados Unidos —en este caso con vínculo directo con Gran Bretaña— la fuerza de disuasión nuclear. En estas condiciones no puede llegarse a establecer cuál es el sentido profundo del discurso del presidente Kennedy.

Ningún periodista se atreve a lanzar conclusiones terminantes; por supuesto ningún historiador lo hace en esos momentos. Se trata de algo que corresponde a los *staff* políticos, diplomáticos y empresariales. Lo que se plantea en general es que el *partnership* no es algo con efectos inmediatos. Se cita la condición de la entrada previa de Gran Bretaña en el Mercado Común. ¿Una vez que ello ocurra no se creará una zona aduanera súperprotegida, de forma que se impida la entrada de los productos norteamericanos?

Aquí radica el rechazo objetivo, consecuencia de la balanza de pagos de Estados Unidos en una grave situación deficitaria, en 1962:

|  |  |
| --- | --- |
| Balanza comercial + balanza de servicios | + 6.3 miles de millones |
| Gastos militares en el extranjero + ayuda al desarrollo | 5.4 miles de millones |
| Movimientos de capitales privados fuera de Estados Unidos | 3.1 miles de millones |
| Total déficit: | 2.2 miles de millones |

 En definitiva, Estados Unidos necesita liberar el comercio mundial, y Kennedy propone “una asociación comercial abierta entre Estados Unidos y la Comunidad europea”. La expansión comercial queda aprobada por el Congreso en la *Trade Expansion Act*. Durante cinco años el presidente es autorizado para reducir al 50% e, incluso, suprimir los derechos aduaneros sobre los productos fabricados por Estados Unidos o la Europa de los Seis. Si Gran Bretaña ingresa en el Mercado Común la lista de los productos europeos será mucho más larga, la liberalización del comercio una realidad. La ley sirve de base al *Kennedy Round*, que se aplicó en realidad en los años posteriores al asesinato del presidente norteamericano. En relación con los gastos militares para la defensa de Occidente, cada ciudadano norteamericano paga en 1962, 290 dólares; cada europeo, 61. Desde el punto de vista crítico financiero norteamericano, la posición de inquietud puede comprenderse desde los ciudadanos norteamericanos.

Desde el punto de vista europeo la cuestión radica en un planteamiento político fundamentado en el propósito del general De Gaulle de conseguir la *grandeur de la France* buscando un vínculo de interés con Alemania para crear un eje centroeuropeo de poder en equilibrio con el sistema anglosajón. Es en el ámbito de la estrategia, la seguridad y el poder de represalia militar donde el general De Gaulle tiene mayor cantidad de ideas que esgrimir, aunque las expresa, como hemos visto en conferencias de prensa que considera el método más adecuado para lograr la extensión en Europa del antiamericanismo para que su política de disentimiento alcance una posición absolutamente favorable en la opinión pública. En efecto De Gaulle no cesa de endurecer su actitud antinorteamericana, la cual alcanza su máxima intensidad en 1967, en el que se consigue una máxima irritación contra la América de Lyndon Johnson. Con De Gaulle, sólo se encuentra dos veces: en los funerales de Kennedy, finales de 1963 y en los de Adenauer, en 1967.

## La contraofensiva del general De Gaulle

En agosto de 1963 el Embajador de Francia en Estados Unidos expresa algo inédito en las relaciones norteamericanas con Francia desde la época de Franklin y Jefferson: “Nunca la situación ha sido tan confusa, los malentendidos tan profundos entre Francia y Estados Unidos. La desconfianza de De Gaulle es extrema, en su busca simultánea de la hegemonía y el desenganche de los Estados Unidos”. Un análisis aproximado de las razones de esta posición de De Gaulle ha sido hecha magistralmente por el profesor de Sorbonne Alfred Grosser en un análisis pluscuamperfecto de las razones y sentimientos personales, nacionalistas, patrióticos, *clarividentes*, aunque quizá miopes que conducen al general a una oposición formal y radical que acaso puedan estar ordenados por un sentimiento que se manifiesta cuando se abstuvo de forma espectacular de tomar parte en las solemnes ceremonias conmemorativas del veinte aniversario del desembarco aliado en Normandía. Porque hasta ese momento, la crítica pública a Estados Unidos es moderada, para adquirir mayor radicalismo en septiembre y octubre de 1964 en el curso de su viaje a Iberoamérica, durante el cual no menciona a Estados Unidos en sus discursos de base populista. Su tema predilecto es *la latinidad*, la necesaria recepción de los pueblos iberoamericanos de ayuda económica, aunque excluyendo de ella cualquier influencia política o cualquier intento, por mínimo que fuese, de acción hegemónica. En Montreal, en 1967, será aclamado por la multitud cuando grite “!Vive le Québec libre¡” y antes, en 1960, hace votos por “un Canadá íntegro, en la inquietud de convertirse en una sucursal de los Estados Unidos”.

La toma de posición *antinorteamericana* se produjo en abril y mayo de 1965, a raíz de la intervención militar de Estados Unidos en Santo Domingo. Cuando el triunvirato de generales que ejercía el poder es desposeído de éste por los coroneles partidarios del antiguo presidente Juan Bosch, el presidente Johnson decide hacer intervenir a los marines para impedir el regreso de Bosch. De Gaulle expresa con toda claridad su pensamiento: “Francia no aprueba la intervención y solicita la retirada de las tropas americanas” y, al efecto, presenta una moción al Consejo de Seguridad, en tal sentido, que aprueba, con la abstención de Estados Unidos, un alto el fuego permanente. Esto hace aparecer a Francia como la nación portavoz del Tercer Mundo y, sobre todo, un adversario —no aliado— del intervensionismo norteamericano contra los gobiernos que no le gustan ni le son gratos.

Pero la intervención en Santo Domingo es un tema menor en relación con la guerra de Vietnam, cuya prolongación, cada vez más violenta y trágica, la atribuye De Gaulle a Estados Unidos. Todavía más incisiva la actitud de De Gaulle en el conflicto árabe-israelí, en junio de 1967, ante la *Guerra de los seis días*, que manifestó la potencialidad militar de Israel. En este caso, se pone de relieve la débil posición de Francia respecto a la muy poderosa de las dos superpotencias. De Gaulle sólo puede expresar que Francia nunca dejaría que se destruyese Israel. La línea de oposición dialéctica contra Estados Unidos, alcanza un punto crítico en 1967. La cuestión consiste en preguntarse por qué aumenta entonces el nivel crítico. Parece evidente, ante todo, para tratar de conseguir mejores resultados que los logrados el año anterior, pues la crisis de Oriente Próximo ha demostrado que ni su aproximación a la URSS —significativamente marcada por el viaje del general a Moscú y el reconocimiento de China comunista—, ni el abandono de la OTAN, ha cambiado sustancialmente el estatuto de Francia en la política internacional.

Resulta claro que el conflicto entre París y Washington no supone sólo protagonismo respecto a la Alianza Atlántica. Debe contar en ello un conjunto de las relaciones entre Europa y Estados Unidos, aunque ciertamente el meollo de Europa se considera la imposible identidad de valores de Alemania y Francia en política atlántica, ni en las relaciones políticas respecto a Estados Unidos. En Alemania Federal la decisión francesa resultó sorprendente, en primer lugar porque nadie activo en política se ha planteado que exista necesidad de optar entre Washington o París y tienen muy claro que en caso de verse obligados a elegir se inclinarían indudablemente por Washington. Gran Bretaña, en esos momentos dirigida por el laborista Harold Wilson, no está dispuesta a emanciparse de Estados Unidos. La confrontación monetaria franco-dólar, es ridícula, tanto si se mira en una relación particular, como si se hace en las diferentes fases de crecimiento/desaceleración del total económico global entre Europa y Estados Unidos.

En rigor, no existe paradoja alguna en los flujos entre *americanización* y *antiamericanismo*, si se atiende a particularismos como modas, diversiones, cine, televisión, métodos de gestión empresarial, que pueda considerarse paralelo y de consideración inevitable con una sensación de dominación. Al menos los porcentajes hechos como sondeos no dejan pensar que pueda, ni remotamente, pensarse en ello. Si es mucho más acusada la interacción en los niveles tecnológicos de ingeniería y gestión de empresas, en los que jóvenes talentos europeos acuden a Estados Unidos para perfeccionarse, bien al Massachussets Institute of Technology, o a la Harvard Business School. Existe, de hecho, un *gap* científico-tecnológico entre Estados Unidos y Europa. Un estado característico de la opinión pública intelectual y universitaria europea, que convierte en ridícula la política industrial de De Gaulle, en ese intento de lograr un equilibrio tecnológico, concebido como operación de prestigio. De modo que el avión *Caravelle* no tiene acceso al mercado americano; la televisión en color francesa no consiguió pasar el Océano y tuvo que limitarse a traspasar los Urales. Solamente subsistió en el tránsito atlántico, en colaboración con Gran Bretaña, el *Concord*, cuya firma tuvo lugar en Londres en 1962; otra cuestión radicó en lo que se conoce como *guerra de los ordenadores*. La persistencia en el empeño de equiparación llevó a Francia, el 29 de marzo de 1967, al lanzamiento del *Redoutable*, el primer submarino nuclear francés. Sin embargo, la opinión intelectual europea continuó durante todos los años sesenta promoviendo una tendencia conocida con la designación de *éxodo de cerebros* que responde a la llamada norteamericana a sabios e ingenieros europeos hecha desde 1957, a raíz del lanzamiento del *Sputnik* soviético.

El éxodo de cerebros subsiguiente a esta llamada, debido a la presencia masiva norteamericana en las ciencias exactas y aún más en las ciencias humanas y sociales y el apoyo oficial dado a la investigación de los tres grandes temas contemporáneos: el Hombre, el Universo y el Átomo, supuso una sobrevaluación del prestigio científico norteamericano. Tema además vinculado a la apertura del debate acerca de las empresas norteamericanas en Europa, que llegó a ser vivo en 1960, aunque llamado a extenderse de modo indefinido, al confundirse y tomar cuerpo con la nueva ciencia económica e ideológica y extenderse el sistema de las *empresas multinacionales* que crearon problemas muy particulares en la *Europa de los Seis* y en Gran Bretaña. Sus ventajas e inconvenientes dependen, y pueden apreciarse indistintamente, según los países. Las naciones más favorables a las inversiones norteamericanas fueron Bélgica y Alemania. En Gran Bretaña, Wilson trató de evitar que se colapsase la investigación propia, reducir la emigración de cerebros. Francia, además, denunció la invasión de capitales y aumentó de modo continuo las críticas.

Aún reconociendo el gap tecnológico, que alcanza un máximo en la década 1960-1970, son condiciones de fragmentación de criterios, de reducción de los niveles de alianzas, de comunidades atlánticas. Kennedy, en un mensaje al Congreso el 25 de enero de 1962, apoyó la causa de la reducción de las tarifas, señaló la importancia del Mercado Común y propuso —por razones económicas— la tarjeta exterior común como un peligro consistente en privar a la industria y agricultura americanas de salidas, a las que no se podía renunciar porque eran necesarias. Hay, sobre todo, razones políticas que no pueden obviarse. En consecuencia es necesaria una gran negociación para tratar de reducir las barreras tarifarias, muy particularmente entre Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea. Este es el *Kennedy Round*, que, en 1967, cuando alcanza su cenit la política del general De Gaulle, ha hecho avanzar la política agraria común; la balanza comercial entre Estados Unidos y la Comunidad Europea, es positiva para Norteamérica, pero no es suficiente para que lo sea la balanza de pagos. Ello hará temblar el mercado del oro y el patrón-oro. A Estados Unidos no le interesa devaluar el dólar, que algunos europeos sostienen que está sobrevaluado. Prefiere presionar para que la moneda fuerte europea —el marco alemán— sea revaluado, como en efecto lo fue, una primera vez, el 5 de marzo de 1961, como un ajuste y, la segunda, en 1969 en condiciones muy dramáticas, cuando la guerra de Vietnam, está situando al alza las dificultades monetarias, desde 1966. Cuando la guerra vive el aumento incesante de los efectivos del ejército norteamericano, que alcanzan los 543.000 hombres en 1969, hace crecer el malestar y la protesta de la opinión pública norteamericana. ¿En ese momento, cómo responden los aliados europeos? Alemania da su apoyo más fuerte; en Italia, la influencia política socialista impide extender responsabilidad alguna fuera del continente y excluye toda participación en Asia. El apoyo, con el laborismo de Wilson, es menos firme. En Francia es donde la crítica de la política norteamericana es pública, creciente y cada vez más clara, desde 1963 en que De Gaulle declara que el porvenir del Vietnam sólo corresponde a los vietnamitas. El 15 de abril de 1964 reunido en Manila el Consejo de la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, constituido por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Pakistán, Tailandia y Filipinas, concluye con un comunicado sorprendente y poco habitual: “El miembro francés del Consejo expresa la simpatía y amistad de Francia por el pueblo vietnamita que, después de largo tiempo, conoce tan terribles pruebas y aspira a una independencia real, ha hecho observar que, ante la gravedad de las circunstancias presentes, se abstiene de toda declaración”.

El secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, del gobierno de Lyndon Johnson, destaca cómo Francia no ha cesado de pedir apoyo a sus aliados que no compartían su política en Asia o en África del Norte, lo cual, sin embargo, no justifica el desacuerdo de fondo: el gobierno norteamericano trata de impedir que el sur del Vietnam sea comunista. Sin embargo, para el gobierno francés, no se trata de una guerra de agresión contra Vietnam, sino una guerra civil, originada en la rebelión contra el gobierno de Saigón de una parte de la población de Vietnam del Sur. Tal dualismo, respectivamente mantenido como origen de la Guerra de Vietnam, no cabe duda que tuvo profundas repercusiones en la imagen de Estados Unidos en Europa con importantes cambios que se producen en los años sesenta, cuyo epicentro es la ideología que emana del sistema victimista del nacionalismo francés y las intervenciones del general De Gaulle.

La transformación más significativa se produce en los efectos universales supuestos por los resultados del Concilio Vaticano, convocado por el Papa Juan XXIII en octubre de 1958. En la Encíclica *Mater et Magistra* (julio 1961) se afirma como problema más importante de la época “las relaciones entre comunidades políticas económicamente desarrolladas y los países en vías de desarrollo”. La toma de posición de los obispos en pro de la descolonización y contra las discriminaciones raciales son extraordinariamente numerosas, sobre todo en cuanto se pone el acento en el conflicto Este-Oeste. Ello es simultáneo con la aparición de la preocupación por la justicia social, que hace pasar al primer plano la oposición Norte-Sur, justamente cuando Gran Bretaña y Francia acaban de conceder la independencia política a sus antiguas colonias. La consecuencia de esta moral social convierte un tema esencial en un mito de fácil desenvolvimiento en todos los niveles de la opinión pública internacional: la dominación de los ricos sobre los pobres, y el país rico por excelencia es Estados Unidos, que domina y somete a su dominación a todo el continente iberoamericano.

El Concilio Vaticano se inicia el 11 de diciembre de 1962. El 12 de abril del siguiente año la encíclica *Pacem in terris* denuncia la *dominación injusta* sobre los pueblos más desfavorecidos. El 7 de diciembre de 1965, Pablo VI ha sucedido a Juan XXIII desde junio de 1963 promulga la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo, cuyo capítulo IV, “La vida económica y social” lanza ya claras líneas de atención que alcanzan plenitud en marzo de 1967 en la Encíclica *Populorum progressio*, donde se inserta una clara denuncia del capitalismo liberal. Así pues, el antiimperialismo social de la Iglesia se suma al antinorteamericanismo francés y a la propaganda comunista con centro en la URSS y eco en todos los partidos comunistas europeos.

No parece de rigor pensar que el general De Gaulle, con su radical antiamericanismo, sea un modelo de resentimiento político. Es más bien, como ha explicado brillantemente Albert Camus un rebelde que entiende como un hombre que dice que no, aunque ello no implique una renuncia o un rechazo, sino la afirmación de un sentido diferente de un comportamiento habitual para alcanzar un mayor grado de plenitud en función de las aspiraciones y las metas que le aparezcan como deseables y plenas; la consecución de objetivos valiosos que le permita justificar no sólo la transgresión el orden social, sino incluso la violencia necesaria para alcanzarlos. En consecuencia, de hecho, existe coincidencia entre quienes presencian injusticias padecidas por semejantes suyos en una representación moral e incluso desde ideologías políticas basadas en supuestos de ayuda comprensiva a quienes se consideran desplazados por la injusticia social. La rebelión pone su asunto en la defensa de la dignidad humana.

En las elecciones norteamricanas de 1968, elegido Nixon promete un fin rápido y honorable de Vietnam. La política exterior norteamericana entre 1968 y 1972 se centró en la idea de distensión. El secretario de Estado Dr. Kissinger declara que las hipótesis de la diplomacia norteamericana desde 1945 quedaban invalidadas. La bipolaridad sobre la que se había llevado a cabo la política de contención, daba paso a una política bien distinta que juega sobre tres factores: la nueva realidad representada por la hostilidad entre Estados Unidos y China, el *Renacimiento* de Europa occidental, que supera los *seis* para ir a un aumento sistemático del número de miembros de la Comunidad Europea, y el resurgimiento de Japón.

 Este nuevo mundo, hace necesaria una diplomacia más flexible, limitada a zonas donde los intereses norteamericanos estuviesen en juego: así pues, se piensa que debe procurarse un acercamiento a China y posteriormente a la Unión Soviética. Una misión secreta de Kissinger con el líder comunista chino Chu-En-Lai, es seguida por una visita del presidente Nixon, en febrero 1972, e intercambios diplomáticos Washington-Pekín. Esta visita es seguida por otra, de idéntica importancia a Moscú, estableciendo acuerdos sobre cooperación científica, tecnológica y cultural y con la venta de trigo norteamericano a Rusia, así como control sobre las armas nucleares. Claro está que la distensión hace más posibles los acuerdos sin la exigencia de la tirantez anterior. Además, el *renacimiento* de la Europa occidental.

 La década de los setenta hay que medirla con otros parámetros: el general De Gaulle ha fallecido y gobernada Francia por sus seguidores gaullistas, pronto entrará bajo sistemas socialistas, con mayor aproximación a Gran Bretaña, Italia y Austria. Estos años pueden, pues, considerarse frontera avanzada de la década de los sesenta, en la cual se produce la crisis de Occidente que, en conclusión produce el distanciamiento, tal como ha quedado indicado por una serie de cuestiones achacables a problemas de psicología social, ideologías antagónicas, políticas exteriores impuestas por la bipolaridad y la guerra fría, tanto cuanto por la tecnología nuclear. Pero el distanciamiento entre el Proyecto norteamericano gestado por Kennedy y eludido por el general De Gaulle, se debe a una cuestión profunda: una tendencia de fondo en cuanto consecuencia y resultado de una serie de cambios ocurridos en una y otra parte del Atlántico sobre la escena internacional, que ocasionan un cúmulo de diferencias, de todo orden, como si la relación euroamericana fuese estructuralmente conflictiva.

 En conclusión ¿cuáles son los modos categoriales del contencioso euroamericano creador de divergencias? Al margen de que las personalidades tengan mayor o menor grado de empatías, lo que influyen son estructuras arraigadas como *fuerzas profundas* en el fondo de la realidad histórica hasta constituir lo que bien puede considerarse el peso de la historia: estas estructuras críticas de Occidente son esencialmente las siguientes:

1. La aplicación de las reglas del comercio internacional. Inadecuación entre la persistencia de medidas proteccionistas, especialmente en sectores más sensibles como la siderurgia, la agricultura, la aeronáutica que crean *dossier* creadores de diferendos en la Organización Mundial del Comercio, tratados por el órgano propio de contenciosos. La Unión Europea disponía de competencia exclusiva para la defensa de los intereses económicos y comerciales del Viejo Continente. De manera que los contenciosos se arreglan por acuerdos jurídicos, presiones económicas o negociaciones políticas, pero, inevitablemente, los debates se prolongan, sobre todo en cuestiones referentes a regulación de la economía mundial.
2. En los dominios de la política exterior se originan importantes divergencias transatlánticas, sobre todo en materia diplomática. Los europeos —en especial según hemos visto por parte del general De Gaulle— se reservan un papel central en lo referente al recurso a la fuerza, como ocurre, sobre todo, en los casos de Indochina, Suez, Líbano e Israel. No se acepta de buen grado y, en cualquier caso con reticencias, una realidad bipolar ni, en absoluto, la condición de Estados Unidos, primera potencia política, militar y económica.
3. Íntimamente unida al anterior, existe el muy importante, alcanzado, por ejemplo, en la crisis de los cohetes de alcance medio en Cuba, de la estrategia, que agrava fuertemente las divergencias tanto en lo que se refiere a la disposición estratégica misma, como a la apreciación de la amenaza y a los remedios a aportar.
4. Quizá el factor más importante radica en cuestiones filosóficas, éticas y sociales, es decir los *valores*, sobre los cuales Europa se muestra cada vez más crítica con respecto a los norteamericanos. Por ejemplo, sobre la práctica regular de la pena de muerte en varios Estados norteamericanos; o sobre el trato dado a prisioneros de guerra a la vista de los derechos humanos y las convenciones internacionales o, por encima de todo desde el punto de vista europeo, sobre el rechazo sistemático de los presidentes norteamericanos a la construcción de un orden internacional fundado en instituciones multilaterales.
5. Respecto a las jóvenes generaciones, los europeos *saben* que deben mucho a Estados Unidos por su intervención decisiva en las dos guerras mundiales y que Estados Unidos ha contribuido mediante el Plan Marshall —el 1.5% del PIB norteamericano de la etapa 1948-1951— a la reconstrucción de un continente devastado y a la construcción de Europa. Es la creación de una *edad dorada* que dio lugar a una cooperación activa. A ella siguió una *era de malentendidos* del general De Gaulle con sus aproximaciones tácticas a la Unión Soviética, prolongada por políticos que se consideran seguidores del General, como Giscard d’Estaing o Chirac.

 Existe, de hecho, en la relación entre Estados Unidos y Europa, un idealismo político que supuso dos modos distintos de entender la realidad como algo distinto de la consistencia de la verdad. La norteamericana con el interés de confirmar la triple posición, económica, política y militar, que le ha otorgado la configuración del mundo occidental cristiano, libre, como pedía Paulo Orosio de paganismos, herejías o ideologías. La europea, sin configurar unitariamente, multipolar nacionalista, sin saber por consiguiente a que atenerse sobre lo que necesita para vivir. Lo grave es que la *definición* es siempre universal, mientras que las *cosas* humanas, respecto a las cuales hay que orientarse son individuales y cargadas de sensibilidad. Los proyectos comunitarios, chocan inevitablemente con los personalismo individualistas y siempre, además, existe en toda relación —más si es internacional— la desconfianza que impide la estructura, es decir, la construcción de un supuesto en el que, aun coincidiendo las ideas, los intereses y los objetivos comunes, conduce a *nada*, imaginada como amenaza inminente, aunque, en definitiva, sea la negación de toda realidad, que no sea la que emana de la persona que recibe, normalmente desde un yo posesivo en el que hay mismidad, pero no identidad. En consecuencia existen en la relación de la política internacional importantes *fuerzas profundas* de enorme complejidad, de las que resulta la enorme dificultad del entendimiento porque es difícil encontrar la *conciencia*, porque inevitablemente aparece la *cosa*, es decir el acto anterior con lo cual hay que contar con un nuevo concepto que es la *experiencia* de la cual, en definitiva, depende la *posibilidad.*

 Europa en los sesenta fue una yuxtaposición de unidades políticas nacionales, donde, sin embargo, existen realidades económicas transnacionales. Tampoco los debates respecto a Estados Unidos son de naturaleza distinta en Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Suiza, España. Pese al fenómeno de integración europea, las naciones europeas, sin embargo, son actores particulares. Es un abuso presentarlo como un conjunto homogéneo. Tampoco puede aducirse como un conjunto jerárquico centrado, en el continente, con una cabeza superprivilegiada de dos naciones: Francia y Alemania, separadas, sin embargo, por los resultados de la Segunda Guerra Mundial, con una —Francia— ceñida a la rebeldía del general DeGaulle y la otra —Alemania— comprometida a ultranza con su reunificación y la consecución de la desaparición del Muro de Berlín.

 Existe, además, el distanciamiento entre las dos riberas atlánticas, que no se debe ni al simple azar de un antiamericanismo, ni a la antipatía pasajera de un presidente —De Gaulle— ni siquiera a una política exterior norteamericana que trate a Europa con desprecio e indiferencia, según ya ha quedado indicado. Aquí se analiza lo que ocurre entre 1941 y 1970. Lo que ocurre en esa etapa tiene una proyección de futuro que alcanza su *camino de Damasco* en los años setenta y ochenta, cuyo estudio analítico queda para otra oportunidad. La preocupación de un desacoplamiento estratégico entre Estados Unidos y Europa, es decir, una evolución divergente, incluso antagónica de ambos polos de relación entre los más atlantistas europeos, unido a la tradicional política gaullista para desmarcar la política y la defensa europeas de las de Washington y conseguir para Francia una posición de privilegio en Europa, del mismo valor que la de Estados Unidos en América, hubiese exigido una política conservadora de profunda prudencia y de un exacto cumplimiento de los compromisos adquiridos en correspondencia de una alianza incólume a sistemas propagandísticos de ideologías radicales en situaciones agónicas.

**Los sentimientos vencen a las razones: la crisis de la alianza occidental**

 En los meses finales de la guerra mundial se reunió en Bretton Woods (New Hampshire) una conferencia cuya finalidad era encontrar un sistema internacional mejor que el patrón oro, por el que se habían regido las finanzas internacionales desde los años treinta. También se creó el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. El sistema Bretton Woods sobrevivió con pequeñas modificaciones hasta agosto de 1971, cuando Estados Unidos abandonó el acuerdo, lo que supuso el abandono definitivo del sistema cinco años después.

El final de la Segunda Guerra Mundial supuso, sobre todo por la necesidad de crear alianzas defensivas y, por medio de la unidad, una verdadera plataforma de previsión, centrada de modo particular en la relación personal del presidente Roosevelt y del Premier británico, Sir Winston Churchill, que llevó a la decisiva entrada en el conflicto bélico de Estados Unidos. En esta guerra se luchó hasta el final, sin que ninguno de los dos bandos pensara en un posible compromiso. Excepto Francia, única nación que resultó vencida, o Italia que cambió de bando y de régimen político en 1943, aunque no recibió trato de territorio ocupado, sino de nación derrotada con un gobierno reconocido. Ello contribuyó a que los aliados no consiguieran expulsar a los alemanes y a la *república social* fascista de la mitad norte de Italia durante casi dos años. Esta renuncia a cualquier compromiso se debe a que, para ambos sectores en lucha esta era, principalmente una guerra de ideologías, pero, además, de supervivencia.

 Las pérdidas ocasionadas por la guerra fueron incalculables. Realmente hay que medirlas humanamente como pérdidas de dos o tres generaciones. Al concluir la guerra resultó más fácil la reconstrucción de edificios que el vacío de seres humanos; además, los supervivientes estaban sometidos a profundos traumas psicológicos de difícil y lenta curación.

 Lógicamente esto planteaba problemas nuevos. La guerra no tardó en convertirse en complejos de actividad militar; la participación de los Estados en las empresas de fabricación de material de guerra, fortaleció mucho el poder de éstos. Se revolucionó, pues, el sistema de gestión, cada vez más complicado por las consecuencias de la tecnología. Además, la llamada *Guerra Fría* y el sistema de bipolaridad de poderes impuso una ya inevitable necesidad de establecer una política internacional y, de alguna manera, afirmar la configuración de una entidad cultural y de pensamiento que puede considerarse como creación de una *Sociedad Occidental*. La *Guerra Fría* implica, por un lado, la oposición de valores al comunismo internacional representado, de modo particular, por la Unión Soviética y, por otro, los propósitos bien explícitos de extensión en el mundo de las *ventajas* del comunismo como el paraíso de solución de todos los problemas sociales del obrerismo, la gran fuerza masiva del siglo XX, repleta de reivindicaciones revolucionarias.

 Sin duda, Estados Unidos se convirtió en la cabeza del mundo occidental, por razón de potencia militar, económica y política. Toda la política internacional de Occidente giró en torno a la nueva figura protectora de Estados Unidos frente a la amenaza del comunismo y la no menos grave de una tercera guerra mundial con el peligro de un holocausto nuclear, mantenida por medio de controversias sobre la necesidad estratégica de las armas atómicas y la licitud moral de su empleo. No cabe duda alguna, Estados Unidos surgió de la Segunda Guerra Mundial con una supremacía económica, militar y política indiscutible. Su capacidad industrial era superior a la de todas las otras naciones. Su ejército estaba magníficamente equipado y la marina y la fuerza aérea eran más poderosas que las del resto del mundo junto. Tenían, por encima de todo, el monopolio de la nueva y terrible arma nuclear. Suponían que su país era inexpugnable e invencible, al tiempo que había buenas perspectivas para creer que las alianzas de guerra continuarían manteniéndose en la paz y la estabilidad, mediante el diálogo *conducido* por las potencias vencedoras de la guerra.

 Pero las cosas discurrieron por caminos bien distintos. La alianza de guerra se desintegró casi de inmediato y el monopolio atómico se desvaneció poco después. En poco tiempo, Estados Unidos y la Unión Soviética habían llegado a la conclusión de que, el otro, constituía una amenaza para su seguridad. La rivalidad de ambas superpotencias dividió al mundo en dos, en una exasperante y larga *Guerra Fría*. Como cabeza del mundo occidental, Estados Unidos tuvo que reforzar de modo notable el poder presidencial, con objeto de reforzar la decisión en cuantas intervenciones fueran precisas en la dimensión de la política internacional, que exigía tomas de decisiones altamente comprometidas. Los generales aumentaron en la popularidad social, de modo que la cadena de mando, que se inicia en el presidente, alcanzó plena relación con la opinión pública. Esta realidad indiscutible fue imprescindible para estar en disposición de dar a la otra superpotencia respuestas inmediatas a sus presiones, de modo que fuesen respetadas por la comunidad occidental las réplicas que era preciso hacer para contener la fuerza contraria y mantener el prestigio de Occidente.

 Inevitablemente —esta es la consecuencia que tuvo en el campo de las ideas políticas— a pesar del fondo liberal de la política norteamericana, la política internacional de Estados Unidos fue absolutamente conservadora, entendiendo por esta posición, de gran prudencia, en especial respecto a los desafíos de los dirigentes comunistas de la Unión Soviética que, en los años a los que nos referimos, están casi íntegramente ocupados por N. Kruschev.

 La revolución conservadora ha producido un espectacular cambio político en Estados Unidos durante desde 1945, cuando carecía de un pensamiento político conservador y mucho menos una cohesionada nación conservadora. Cuando Eisenhower llegó al poder en 1952, el sentimiento conservador norteamericano estaba en claro declive. Las dos grandes ideas políticas: liberalismo interior y aislacionismo exterior habían desaparecido barridas por la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. El partido republicano estaba dirigido por el *establishment* aristocrático del nordeste: Henry Cabot Lodge, Nelson Rockefeller y Prescott Bush, fundador éste de una cabal dinastía política. El general Eisenhower, que se definía sobrevolando las ideologías, designó a Earl Warren, un republicano claramente liberal, para el Tribunal Supremo. A las elecciones presidenciales de 1960, John Kennedy y Richard Nixon acudieron con intenciones casi idénticas.

 En los años sesenta —en los que se desenvuelve el núcleo argumental más importante de este libro y de su principal conclusión— muchos norteamericanos pensaron que se vivía una oportunidad única para hacer de su país una nación *más europea*. Los legisladores republicanos defendían el *centrismo político* bajo las ideas del *New Republican* sobre la economía mixta; la administración Kennedy recibía en la Casa Blanca valores de la cultura europea. Este presidente no dejaba de exteriorizar su años pasados en la *London School of Economics* como alumno de Laski y exteriorizaba su pasión por la película de Alain Resnais, *El año pasado en Marienbad*. Los liberales norteamericanos pedían la creación de un Estado de bienestar al estilo europeo y los programas de Kennedy, la *Nueva Frontera*, y de su vicepresidente y sucesor L. B. Johnson, la *Gran Sociedad*, abogaban por esta idea de Estado, quizá sin darse cuenta que en Europa esto fue posible por la aplicación del Plan Marshall. Fue también el momento de un creciente fermento intelectual en el que destacan los nombres de Friedrich Hayek, Milton Friedman y W. F. Buckley.

 En las elecciones de 1964, la inercia del *Kennedysmo* dio el triunfo a Lyndon Johnson por un considerable margen de votos sobre Barry Goldwater. Éste, pese a su derrota, imprimió una considerable y dinámica corriente conservadora a la opinión pública estadounidense que dio el triunfo a Richard Nixon en 1972 y a Ronald Reagan en 1980. Esto sólo puede explicarse, conociendo las fuertes oleadas de reorientación intelectual e ideológica de las corrientes imperantes en el tejido político y cultural norteamericano, la fuerza de la tendencia del presidente Kennedy de crear un firme desafío que fuese cimiento de una potente alianza con la Europa occidental constituyendo un frente común político, económico, militar e intelectual y tomando como núcleo de identidad el Atlántico, frente al fuerte poder soviético, más estepario, en plena oleada ofensiva de N. Kruschev, por una parte condenatoria del *estalinismo* y, por otra, predecesora de la *transparencia* de Mijail S. Gorbachov y la alternativa misma de Yeltsin, aunque posterior a la década de los sesenta en que se produjo la crisis.

 De manera, pues, que la década de los años sesenta marca la mimesis supuesta por el reto de Estados Unidos, cabeza del mundo occidental dirigido por el recientemente elegido presidente Kennedy y termina con la retirada del general De Gaulle, sin aceptarse —durante las presidencias de Kennedy y de Johnson— la propuesta norteamericana de la creación de un estatuto político común con la Europa occidental, en lo que encontró fuerte oposición en el inspirador de la V República Francesa y creador de su propio partido político *Rassenblement du Peuple Francais* (RPF) de fundamento claramente nacionalista. Con Michel Debré, el general De Gaulle puso en marcha una nueva Constitución que establecía un periodo presidencial de siete años y otorgaba al presidente la facultad de convocar directamente al pueblo a un plebiscito. La Constitución se aprobó en referéndum el 28 de septiembre de 1958 y el 21 de diciembre De Gaulle fue elegido presidente de la Nación.

 El proyecto presidencial de De Gaulle fue la unión del pueblo francés en torno a una política exterior de exaltación patriótica y poner a Francia a la cabeza de Europa, en absoluta igualdad con lo que Estados Unidos significaban en el continente americano. Para ello puso su máximo empeño en la creación de una *force de frappe*, que quería dotada con fuerza nuclear disuasoria con posibilidad de disponer de la bomba atómica, imprescindible para adquirir status de superpotencia. En 1966, abandonó el máximo órgano de dirección de la OTAN, y previamente el *Diseño* propuesto por el presidente Kennedy. En numerosas ocasiones reclamó el liderazgo en el mundo, e inició una política de afirmación centroeuropea mediante una *relación especial* con Alemania, pues consideraba fundamental el respaldo alemán para su propósito de dominar Europa y abrir el trato y relación con Estados Unidos en línea de absoluta igualdad e idéntica potencia. El *gaullismo* constituyó un poderoso factor nacionalista e individualista que rechazaba en Europa todo cuanto no supusiese un predominio completo en economía, política y poder militar preeminente, de Francia.

 Parece más que probable que la razón más posible que explique el reto norteamericano y el sentimiento más destacado que pueda dar una explicación a la actitud negativa de la Francia gaullista, haya que buscarlas en la política puesta en práctica por el gobierno norteamericano en plena Segunda Guerra Mundial: una concepción nueva del orden mundial, caracterizada por la afirmación de la política internacional, en un momento en que las ideologías se han convertido en un sustento de las políticas nacionales, en pugna por imponer sus más recónditos objetivos. El intento de Estados Unidos consiste en un propósito de reafirmar la democracia en razón a la situación del siglo XX y ampliar su significación hacia los campos económico y social. El desafío norteamericano en materia de política económica exterior fue entusiasticamente acogido por los británicos. Quizá fuese esa plataforma anglosajona, lo que origina que el nacionalismo francés, bajo la inspiración del general De Gaulle, mediante su fuerte influencia moral basada en la resistencia al entreguismo de la derrota, y su desprecio hacia todo lo que no fuese francés, esté marcando un dualismo destructor en el propósito de los occidentales vencedores, junto con los eslavos rusos, de la Segunda Guerra Mundial, de crear una comunidad internacional capaz de recoger con la tradición intelectual, el pensamiento cristiano, los beneficios de una unidad poderosa y, en consecuencia, disuasoria, de una nueva conflagración mundial que, seguramente pudiese originar la ruina absoluta.

 La actitud norteamericana es revolucionaria, ante todo, porque la tradición dominante en la política por su parte había sido una mezcla de aislamiento y nacionalismo económico. Son bien conocidas las características principales de la tradición política exterior de Estados Unidos: aranceles proteccionistas cada vez más altos, insistencia en el pago de las deudas de la Primera Guerra Mundial y subordinación de las medidas de recuperación internacional a las de orden interno. Es más que posible que el general De Gaulle, debido al hecho radical de que Francia fuese la única nación vencida en la Segunda Guerra Mundial, profundamente preocupado por este hecho y la urgencia patriótica de conseguir para su nación la grandeza europea, no fuese capaz de captar la específica realidad del sentido revolucionario que, tras el final de la guerra, adquirió en el plano internacional, la nueva concepción estadounidense de un orden mundial y, sobre todo, de cuales eran las verdaderas intenciones políticas que escondía la doctrina.

 El desafío norteamericano en política internacional radicó en tres instituciones encargadas de su planificación: el Departamento de Estado, el del Tesoro y la Junta de Economía de Guerra. Tres perspectivas, que deben multiplicarse por los distintos hombres que ocuparon los puestos directivos de dichas instituciones durante y después del final de la guerra y durante la década de los cincuenta, hasta la llegada a la presidencia de John F. Kennedy. El *pasado* no ejerció influencia alguna en la planificación del multilateralismo. Consistió tal planificación precisamente en un cambio radical basado en tres ideas intelectualmente nuevas: primero, conseguir una política dotada de planteamientos de largo alcance, conciliando principios y prácticas. En segundo lugar, la idea esencial de que Estados Unidos debían formar parte decisiva de las organizaciones internacionales, tanto las de la alianza occidental europea, cuanto las de carácter mundial y, de modo particular, las naciones emergentes. Por último, crear una empresa económica de unidad transatlántica, al tiempo que se controlasen las políticas agresivas para evitar una tercera guerra mundial. Es decir, un enfoque previsor de la situación mundial.

 Como se vio en lugar oportuno, en la discusión Keynes-White, con triunfo del norteamericano, lo único que debía tenerse en cuenta era conseguir asegurar las relaciones amistosas, sobre todo con la Unión Soviética. Entrega a la seriedad diplomática el mantenimiento de relaciones amistosas que pudiese asegurar la moderación del ambiente belígeno que quedó en la conciencia colectiva después del final de la guerra, que tuvo su expresión en los años de la *Guerra Fría*.

 El problema radica en las *respuestas*, europeas al desafío norteamericano, dictadas por intereses particulares, no continentales, las competencias conflictivas de las fuerzas económicas, los *condominios* económicos, los repartos de influencia, el peso de condicionantes psicológicos del pasado, la persistencia del sentimiento antiamericano y, sobre todo, los nacionalismos y antes de ellos, las inducciones nacionales que, en el campo de las relaciones internacionales, se ponen constantemente de manifiesto en el seno de las comunidades humanas, emociones colectivas, capaces de modificar importantes y a veces esenciales decisiones, ante las cuales se han tomado serias medidas racionales de profunda filosofía política, que sin embargo por la presión psicológica de sentimientos colectivos, no han podido ser llevados a realidad. Esta es concretamente en Francia la problemática que, incardinada en el general De Gaulle, hizo naufragar el proyecto específico que en tal sentido fue elaborado por el gobierno norteamericano del presidente Kennedy.

 El problema, pues, para la recepción europea del proyecto Kennedy cristalizó decididamente en la Francia del general De Gaulle, que hizo cuanto estuvo en su mano para impedir —si no se le daba a Francia prioridad en Europa para ser, en igualdad de condiciones políticas, económicas y militares, idénticas a Estados Unidos— la adopción de la nueva y revolucionaria organización internacional ideada por los políticos intelectuales norteamericanos, cuyo primer eslabón fue *Bretton Woods* y el último y definitivo programa el *Gran Diseño* de Kennedy. Realmente se ha impedido una armonía entre dos tendencias que, desde una alianza de postguerra, ha producido una disociación del mundo occidental, en pleno desenvolvimiento de la *Guerra Fría*.

 El tiempo histórico en que se produjo la frustración de la alianza de Occidente, aunque sobreviva el valor de comunidad atlántica, es como se ha dicho 1941-1970. Un conjunto de treinta años que supone una generación yuxtapuesta sobre la Intermedia I (1930-1955) y la Intermedia II (1955-1980) del siglo XX. El año inicial 1941 significa un momento opresivo alemán en la guerra: Francia vencida; Gran Bretaña sometida a la posibilidad de invasión por el ejército alemán. Como respuesta Estados Unidos, bajo la presidencia de F. D. Roosevelt, inicia tres significativos actos: el Presidente norteamericano proclama las *Cuatro Libertades*, propone la Ley de Préstamo y Arriendo (*Lend and Lease Act*) y comienzan en Washington conversaciones secretas los Estados Mayores de Estados Unidos y Gran Bretaña.

 En Europa, el general Charles De Gaulle, no acepta la derrota, se proclama Jefe de la Resistencia y rechaza el colaboracionismo del régimen de Vichy, el cual le degrada y condena a muerte en rebeldía por medio de un tribunal militar. El mariscal Petain de su puño y letra estampa en la sentencia que la condena jamás debía cumplirse.

 En cuanto a la fecha final del espacio-tiempo durante cuyo transcurso se gesta el problema de referencia los acontecimientos que lo fijan tienen un claro significado. En Francia, De Gaulle ha sido reelegido y, en pleno fomento desde el Estado, de la política de la *Grandeur* se produjo la profunda revuelta estudiantil de 1968 que supuso un importante revés para el General. Propone reformas del Estado y somete un plebiscito a ellas, sin obtener el resultado masivo que esperaba. En consecuencia dimite, abandona el poder, se retira, y muere el 9 de noviembre de 1970.

 En Estados Unidos, en 1968 consigue Richard Nixon la presidencia e inicia la política de distensión con la Unión Soviética. Aunque no consigue llevarla a feliz término. Nuevas realidades en las sociedades, en la política, la economía y la cultura, imponen un nuevo ambiente, una nueva cosmovisión. Por encima de las ideologías y de los -*ismos*, queda de la etapa estudiada una lección inolvidable: no hay que olvidar las lecciones de la historia que, abierta al futuro, entre otras muchas cosas, sirven nada menos que de orientación para, al aumentar la experiencia, individual y comunitaria, alcanzar la posibilidad de construir factores de integración y evitar líneas quebradas de desintegración para crear ámbitos universales de convivencia capaces de crear expectativas y valores asequibles para todos los habitantes del planeta, sin distinciones psicológicas, antropológicas o de nacionalidad.

**BIBLIOGRAFÍA**

Adenauer, Konrad, *Memorias (1945 – 1953)*, Madrid, Rialp, 1965

Aron, Raymond, *Le Grand Débat*, Coleman-Levy, 1963

Bell, Cora, *The Debatable Alliance,* London, Oxford, 1964

Beloff, Nora, *Le General dit non,* París, Plon, 1964

Camus, Albert, *L’homme revolté,* París, Gallimard, 1957

Chester, L., G. Hodgson y B. Page, *An American melodrama Presidential campaign of 1968,* Penguin Books, 1970

Chomsky, Noam, *El miedo a la democracia*, Barcelona, Crítica, 1992.

Churchill, Winston, *Memorias*, Barcelona, 1945, José Janés

De Gaulle, Charles, *Memorias de Esperanza,* Taurus, Madrid, 1970

Dean, Vera M., *Europe and the United States,* New York, Krupf, 1950

Deutsche, Karl, Lewis Edinger et alt., *France, Germany and the Western*, New York, 1967

Eden, Anthony, *Memorias*, Noguer, Barcelona, 1960 - 1965

Ehrmann, Henry W., *La politique du patronat francais 1936-1955,* Paris, Colin, 1955

Eisenhower, D. D., *The White House Years,* New York, 1963

Febvre, Lucien, *L’Europe genése d’une civilisation,* (ed. Esp. Crítica, Barcelona, 1999)

Finer, Herman, *Dulles over Suez. The theory and practice of his diplomacy,* Londres, Heinemann, 1964

Gaddis, John L., *The United States and the Cold War (1941-1947),* N.Y. Columbia U.P. 1972

Gorny, Leon, *Les politiques européenes face aux Etats-Unis,* Paris, 1967

Grosser, Alfred, *Les Occidentaux. Les pays d’Europe et les Etats-Unis depuis la guerre,* Paris, Fayard, 1978

Halberstam, David, *On les disait les meilleurs et les plus intelligents,* 1974

Hernández Sánchez-Barba, Mario, *Historia de Estados Unidos. De la República burguesa al Poder presidencial,* Madrid, Marcial Pons, 1998

Hernández Sánchez-Barba, Mario, «Los efectos de la descolonización en el s. XX: ideologías revolucionarias, miedos sociales y liderazgos mesiánicos (1930 – 1955)»*, Mar Oceana* 5, Madrid, 2000

Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX. 1914-1991,* Barcelona, Grijalbo, 1995

Jones, Maldwyn A., *Historia de Estados Unidos 1607-1992,* Madrid, Cátedra, 1996

Kissinger, Henry, *Guerra nuclear y política exterior*, Rialp, Madrid, 1962 [New York, 1957]

Kissinger, Henry, *Les Malentendeus transatlantiques,* 1965

Kolodziej, A., *French International Policy under De Gaulle and Pompiduo: The Politics of Grandeur,* Cornell, Ithaca, 1974

Kraft, Joseph, *The Grand Design. From Common Market to Atlantic Partnership*, New York, Harper, 1962.

Lichteim, Geroge, *Europe and America. The future of the Atlantic Community,* London, 1963

Loewke, Udo F., *Die S.P.D. und die Wehrfrage 1949 bis 1955,* Bonn, Neue Gessellschaft, 1976

Macmillan, Harold, *Memorias*, Luis de Caralt, Barcelona, 1970

Melandri, Pierre, *Les Etats-Unis face a l’unification de l’Europe 1945-1954,* Montpellier, 1977

Micklethwait, John, Adrian Wooldridge, *The Right Nation,* New York, Penguin Book, 2004

Newhouse, John, *De Gaulle and the Anglo-Saxons,* Londres, A. Deutsch, 1970

Nouschi, Marc, *Historia del siglo XX. Todos los mundos, el mundo,* Madrid, Cátedra, 1996

Orosio, P., *Historirum adversum paganos*, edición de Zangemeister, Leipzig, 1889.

Patterson, James T., *Restless Giant. The United States from Watergate to Bus versus Gore,* Oxford, Univ. Press, 2005

Rostow, W. W., *Los Estados Unidos en la palestra mundial,* Madrid, Tecnos, 1962

Schlesinger Jr., Arthur M., *Los ciclos de la historia americana,* Madrid, Alianza Editorial, 1988

Schreiber, Servan, *El desafío Americano*, Madrid, Rodas, 1973

Tucker, Robert W., *The Radical Left and American Foreign Policy,* Baltimore, John Hopkins, 1971

Uri, Pierre, *Partnership for Progress*, N.Y., Harper, 1963

Van Cleveland, Harold, *The Atlantic Idea and its European Rivals,* N.Y., Mc Graw Hill, 1966

Van Der Beugel, E. B., *From Marshall Aid to Atlantic Partnership,* Amsterdam, Elsevier, 1966

Vernon, Raymond, *Les Enterprises multinationals. Le souveraineté nationale en peril,* Calman-Levy, 1973

Watson, Peter, *A terrible Beauty. A history of the people and Ideas that Shaped the Modern Mind,* (ed. Esp. Crítica, 2002)

Winand, Pascaline, *Eisenhower, Kennedy and the United States of Europe,* New York, St. Martin Press, 1993

1. *Los ciclos de la historia americana*, Alianza, 1988. [↑](#footnote-ref-2)
2. H. Kissinger, *Guerra nuclear y política exterior*, New York, 1957. [↑](#footnote-ref-3)
3. Chomsky, Noam, *El miedo a la democracia*, Barcelona, Crítica, 1992. [↑](#footnote-ref-4)
4. Joseph Kraft, *The Grand Design. From Common Market to Atlantic Partnership*, New York, Harper, 1962. [↑](#footnote-ref-5)